

**Antes del amanecer**

**Juan Carlos Urrutia**

**UNIVERSIDAD DEL VALLE  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
ESCUELA DE ESTUDIOS LITERARIOS  
LICENCIATURA EN LITERATURA  
SANTIAGO DE CALI  
2018**

**Antes del amanecer**

**Juan Carlos Urrutia  
Cód. 0529553**

**MONOGRAFÍA DE GRADO PARA OPTAR AL TÍTULO DE  
LICENCIADO EN LITERATURA**

**DIRECTOR:  
MAGÍSTER ETHAN FRANK TEJEDA  
Profesor Escuela de Estudios Literarios**

**UNIVERSIDAD DEL VALLE  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
ESCUELA DE ESTUDIOS LITERARIOS  
LICENCIATURA EN LITERATURA  
SANTIAGO DE CALI  
2018**

## ÍNDICE

|                                                                     |           |
|---------------------------------------------------------------------|-----------|
| <b>INTRODUCCIÓN</b>                                                 | <b>4</b>  |
| <b>CAPÍTULO 1</b>                                                   | <b>7</b>  |
| <b>1.1. Para un Análisis de la Representación.</b>                  |           |
| <b>Diversas Corrientes de Pensamiento</b>                           | <b>7</b>  |
| <b>1.2. Representación y Estructura en la composición literaria</b> | <b>14</b> |
| <b>CAPÍTULO 2</b>                                                   | <b>21</b> |
| <b>2.1. El tiempo</b>                                               | <b>24</b> |
| <b>2.2. El espacio</b>                                              | <b>25</b> |
| <b>2.3. Personajes</b>                                              | <b>26</b> |
| <b>2.4. Instancia narrativa</b>                                     | <b>28</b> |
| <b>2.5. Final</b>                                                   | <b>29</b> |
| <b>Antes del amanecer (cuentos)</b>                                 | <b>32</b> |
| <b>BIBLIOGRAFÍA</b>                                                 | <b>97</b> |

## INTRODUCCIÓN

El presente trabajo está dividido en tres partes. Una primera, denominada Capítulo 1, en el cual se hace una corta pero sustancial disertación alrededor del tema de la representación, tantas veces discutido por críticos y expertos en el quehacer literario.

La segunda parte, denominada Capítulo 2, se centra especialmente en definir las partes insustituibles del cuento. No se pretende con esta definirlo, sino más bien dejar en claro que existen elementos dentro del texto narrativo, en este caso el cuento, que son inherentes a él y sin los cuales su existencia sería casi nula.

La tercera parte, denominada *Antes del amanecer*, título que le he dado a partir de uno de mis relatos, en la cual muestro parte de mi creación narrativa. Esta parte está compuesta por siete relatos, en los cuales se tratan temas como la muerte, el odio, el desamor y la violencia.

El objetivo principal de este trabajo es dar a conocer, como ya se dijo, parte de mi creación literaria, formada a partir de mi gusto inacabable por las letras, por la lectura, en especial por la escritura. Y es que desde muy chico he sentido el impulso de escribir como un medio de contar la realidad, mi realidad. Un cotidiano

vivir atravesado por desigualdades sociales generadoras de odios, guerras y muertes.

A mediados del siglo XX en Colombia se da un fenómeno conocido como El Bogotazo, esto a raíz del magnicidio del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán. Dicho suceso desencadena una serie de infamias a nombre de partidos políticos enardecidos por el fuego del odio. Pero tal evento no dio origen sólo a desórdenes sociales, sino también a una especie de literatura llamada “de la violencia”: novela de la violencia, cuento de la violencia, etc. En la cual los autores, García Márquez, Eduardo Caballero Calderón, Manuel Mejía Vallejo, Gustavo Álvarez Gardeazábal, entre otros, recogieron las historias del país, muchas de ellas vividas por sí mismos, y dejaron un testimonio de aquella época.

Años después aparece otro suceso, quizá mucho más doloroso y violento que el anterior, denominado “narcotráfico”. La literatura no fue ajena a dicha situación, y se encargó, como siempre lo ha hecho, de dar cuenta de tantos años de asesinatos, bombas, magnicidios, odio, terror. Entonces apareció una especie de literatura llamada “sicaresca”. Allí, autores como Jorge Franco, Héctor Abad Faciolince, Fernando Vallejo, entre otros, contaron historias de narcotraficantes y sicarios a sus servicios, y al servicio de un negocio que sólo ha logrado ennegrecer mucho más las páginas de la historia de un país escrito con balas y sangre.

Pues bien, he aquí mi trabajo de algunos años, con el cual pretendo dejar testimonio de esta época que en suerte me ha correspondido vivir, una época

llamada postmoderna, pero invadida aún por males como el sicariato, el microtráfico, las enfermedades, la pobreza absoluta y, como siempre, la muerte.

## **CAPÍTULO 1**

La relación que se hace en la literatura desde el texto escrito, la narración y la invención propia de las principales escenas que reposan en cada estructura de pensamiento y después son convertidas a la argumentación literaria en todas sus vertientes, está mostrando esquemas de la representación que no han sido suficientemente analizadas o tomadas en cuenta para recoger elementos de una teoría del lenguaje. En este camino, es importante evidenciar la estructura de la representación con la cual se construyen y se comunican las imágenes de las cosas. Igualmente mostrar cómo se lleva a cabo esa manifestación de representaciones que es la palabra con el objetivo de destacar la importancia de su función dentro del proceso de la comunicación.

### **1.1. Para un análisis de la Representación. Diversas corrientes de pensamiento**

Pareciera ser que en un mundo tan veloz como el actual esta situación del análisis acerca de la comunicación y la representación hubiera pasado a un segundo plano, ya que lo que se observa es el desarrollo veloz de múltiples

símbolos propuestos por las nuevas tecnologías y las redes virtuales, pero en todas las situaciones e inclusive ante la precariedad del lenguaje propuesto por los emoticones y los likes, se está viendo una manera de representar sensaciones y percepciones humanas. Desde las pinturas rupestres de las primeras civilizaciones, las emociones dejadas en las paredes y que se registran en los mesopotámicos y las diferentes sociedades originarias hasta esta modernidad, se ha encontrado en las manifestaciones y expresiones del arte —así sea pictórico, musical, escrito u oral— la fuente de los mundos posibles y la manera como se llega a estos; el uso que se hace de los mismos y la función que cumple la representación. La superestructura que comporta la creación literaria y la cual es menester entrar a analizar en detalle.

El acervo teórico acerca de este tema es amplio y el diminuto fragmento proceso entre el pensamiento y el lenguaje que muestra ha sido ampliamente analizado por diferentes autores y corrientes, y es importante tenerlo en cuenta para comprender la forma como se construye tal relación que es totalmente activa y que se moviliza en múltiples procesos de una marcada dinámica sin ser percibida por el sujeto al hablar. Así, los pasajes más hermosos de la oratoria, la lírica, la música (que es también una forma de representación desde el habla), la novela, entre otros, involucran a primera vista dos características: parten de una fantasía que expresa las miradas propias del autor y que tienen su origen en la realidad, pero además están marcadas bajo el sello de la palabra, sin la cual no existirían.

Se dirá constantemente en cada una de estas líneas que en la escritura se puede observar una manera de representar el mundo que por momentos parece como si fuera el decir de otro mundo, que con atributos y características propias solo tiene una fuente: lo real tangible, lo que se puede tocar, lo que es ante los sentidos o de lo que se puede imaginar para recrearlo o darle un nuevo significado; un argumento de la ficción que está inmersa en los sujetos, pero una ficción que parte de la realidad.

López Giménez refiriéndose a Wittgenstein en *Filosofía y educación*, muestra la estructura que cobra el lenguaje en el pensamiento y como se elaboran las ideas que se dicen. En *tratado lógico filosófico*, menciona Giménez, el filósofo de la argumentación presenta siete aserciones que muestran la relación del mundo con la palabra y la importancia de la palabra escrita. De la estructura que plantea Wittgenstein se puede decir que el mundo es todo lo que acontece en la presencia humana y donde se ve la existencia de las cosas que terminan siendo impresadas por el pensamiento. En relación al pensamiento se puede determinar que este es una expresión lógica con sentido que se muestra a partir de proposiciones. Además se plantea que sobre lo que no se puede hablar se debe guardar silencio. Por ir más allá en esta presentación, el campo de lo que no se puede decir, de lo que no es propiedad de los sentidos, de lo que no existe es materia de la literatura y de algún lugar en el mundo de la ficción que se verá más adelante.

Es difícil de explicar, pero el mundo y las cosas solo tienen sentido a partir de la palabra y esta como tal al expresarla va mostrando la naturaleza de un mundo que existe y que de él solo se puede decir y simbolizar si es y está. Se duda, se acierta, se muestra, pero solo se puede decir de lo que existe porque está impreso en el pensamiento, del ser en el mundo. Lo que circunda, lo que rodea la existencia humana es el ser de las cosas, lo que se dice de ellas. La palabra es forma de revelación y profecía de las cosas que están ahí y el trayecto que se avanza para llegar a la palabra sugiere una relación intrincada de eventos y figuraciones que es posible determinar y mostrar, para comprender aún más la existencia de las formas de lenguaje escrito y hablado. Entre ellos, el mundo de la ficción que es de alguna manera el que ocupa el interés de esta presentación.

Toda manifestación que tenga como fuente la realidad y que esté expresada a partir de los actos de habla es una forma de representación; la estructura del lenguaje en el marco de la comunicación está fundamentada a partir de la relación emisor, receptor y mensaje y cada vez que se articula esta relación siempre que sea en lenguaje hablado o escrito, se establece un acto de habla, que como lo menciona Austin, publicado por Luigi (1962), se refiere a la intención de hacer cosas con palabras, cumplir con una función o una meta (motivar, generar una actitud, provocar, adherir, etc.). De la misma manera que los actos de habla representan una intención, objetivo o meta, también muestran una acción que está mediada por el lenguaje. Decir es una forma de hacer que expresa una representación.

Todas las personas desde sus diferentes posiciones y las características que contengan sus formas de argumentación lo que están haciendo es representar. Representar es una forma de colocar en común, *disponer* a partir del lenguaje y solo desde el lenguaje a manera de *símbolos* y *grafos* como surge en Descartes y como se expresa a partir de Antanas Mockus (1988) en *Representar y disponer: un estudio de la noción de representación orientado hacia el examen de su papel en la comprensión previa del ser como disponibilidad*. Entendido de alguna manera como que en el sujeto conviven valores que son comunes a la humanidad y que son susceptibles de ser presentados y re-presentados y conforman en su socialización los imaginarios colectivos.

¿Qué son las palabras entonces, sino la representación exacta de un mundo que existe y que se establece a partir de cada experiencia individual o colectiva desde la perspectiva de la Cultura? Este es un interrogante que se vuelve significativo dentro del tema de la representación en general y de la representación en el arte y la literatura, especialmente porque la palabra necesita de un escenario anterior para darse y este es la realidad y, además, a partir del discurso de la realidad se escenifican los mundos posibles. Tantas realidades como mundo y emisores, podría decir un filósofo escéptico.

En Wittgenstein, el lenguaje aparece como una forma de referirse al mundo y describirlo donde está involucrado el pensamiento. Tanto el lenguaje como el pensamiento tienen particularidades que están relacionadas entre sí y es que con el lenguaje se hace referencia a las cosas y con él se dice algo de ellas, que está

impreso en el pensamiento; de las cosas se pueden establecer características distintas. Como en la teoría ontológica las impresiones acerca del ser que está ahí en el espacio tiempo son impresiones sensibles de las cuales emerge la representación. La teoría del lenguaje en Wittgenstein dice que el lenguaje y el pensamiento tienen sentido porque son como pinturas, figuras o representaciones de las cosas del mundo y desde esa perspectiva se llama representación a toda realidad que sustituye, imita o refleja a otra.

Las representaciones se vuelven sociales y son estructuras que se van convirtiendo en modelos de conducta y re-creación del mundo. Comúnmente se ha dicho que representar es una forma de auto presentar que puede ser positiva o negativa según el interés de quien lleva a cabo esta acción; en la palabra hay un juicio de valor, una línea de la conducta que está creada y cuando se da a conocer, cuando se revela ante los ojos del mundo lo que se está haciendo es volver a presentar de manera casi que infinita. La repetición incesante de imágenes a partir de los actos habla funda prejuicios que no necesariamente son negativos y que actúan en la conducta humana creando modelos. ¿Cómo se configura entonces una representación y cómo se lleva la misma al campo de la literatura? Y, además, ¿cómo es la estructura del mundo acusado desde la literatura y a qué mundos se acude en la narración escrita? Es lo que se verá en las siguientes líneas.

Podría aseverarse que la representación es una elaboración subjetiva e individual. Que puede haber tantas representaciones a partir de un mismo objeto

según las vertientes que lo analicen. En Heider (citado por Pereira, 2005, p.34) se muestra la manera como se elabora el campo de la representación:

[...] La gente tiene un conocimiento de su entorno y de los sucesos que ocurren en él, logran este conocimiento a través de la percepción y otros procesos, se ven afectados por su ambiente personal e impersonal... permanecen en relación de unidad con otras entidades y son responsables de acuerdo con ciertas normas. Todas estas características determinan el papel que la otra persona juega en nuestro espacio vital y como reaccionamos ante ellas [...]

La realidad llega a las personas y solo ocupa un lugar a partir de la interpretación con la cual lo que se hace es descifrarla. De esta manera se le otorga significados y sentidos logrando establecer en ella una personalidad que la defina y con la cual se provoca un efecto en otros sujetos y comunidades estableciendo lo que se denomina representaciones sociales; aquí las representaciones que se pueden llamar sociales, existen en la medida en que un grupo piense las situaciones y relaciones que le afectan y cómo esta situación se extiende hacia otros. Percepción, impresión es el trayecto que llevan a cabo las cosas antes de ser representadas por medio del lenguaje y la comunicación.

Hoy en día con la ayuda de la revolución tecnológica, el mundo virtual, el desarrollo de los dispositivos digitales, este campo de las representaciones se ve aún más ampliado y de fácil acceso, con lo cual se puede decir que extiende aún más la naturaleza de la representación y la re-creación y re-significación constante

de la misma. Aunque en medio del desorden de las simbologías, de la mutación de la palabra hacia gestos de aceptación o aprobación, todavía el mundo de la narración cobra sentido y se extiende llevando a sujetos y comunidades a apreciar mucho más la literatura y los escenarios que la misma da a crear.

## **1.2. Representación y Estructura en la composición literaria**

La literatura y la fantasía están completamente relacionadas como también están marcadas por la representación. En la literatura, en la creación literaria se está mostrando una manera de representar el mundo que adquiere sentido a partir de la acción creativa que es profundamente humana, aunque se trate de ver en ella la genialidad propia del autor como si fuera la acción de un impulso divino llamado o definido como inspiración. De todas maneras, en la literatura se ve una explicación real y coherente, aunque subjetiva, de un mundo que es real y que bajo la acción del recurso de la fantasía a veces se prolonga a universos que son desconocidos y casi que imperceptibles al lector. Siempre objetos y situaciones, panoramas tomados de la realidad que adquieren un sentido fantástico y profundamente bello en la inspiración de quien representa. Esa es la naturaleza de la literatura fantástica.

Un escenario de la representación, de la creación y de colocar al orden la fantasía propia de la literatura que en todas sus formas es fantástica, es el cuento. Entendido este como una narración oral o escrita donde las condiciones de la

misma, su desempeño, hace parte de una ficción que es la forma de presentar un mundo que existe pero con características estructurales propuestas por quien lleva a cabo esa presentación. El cuento puede llegar a ser el medio ideal para una narración con condiciones de ficción ya que tiene una forma inmediata y concisa de transmitir ideas, posibilidades para la especulación, sin tener que acudir a estructuras de ingeniería literaria como es el caso de la novela.

La ficción en el cuento es una redundancia donde al convertir la realidad al cuento se está entrando a transformarla en una no-realidad y prácticamente haciendo que esta deje de existir. Pero hay características del cuento que se pueden explorar aquí y que construyen ese lindero que separa por ejemplo al cuento de la novela y son ellas que expresa una realidad psicológica del sujeto que crea, se centra en la especie humana o humaniza otros tipos de especies y escenarios y puede desarrollarse en un solo ambiente que le da un total sentido como en el cuento corto.

Dorian Espezua, en *Ficcionalidad, mundos posibles y campos de referencia*, realiza un análisis de los aspectos más importantes y de la estructura del escrito literario bajo las condiciones y características de la ficcionalidad, que en su decir está presente en todo tipo de manifestación de la palabra que tiene como objeto representar. La mimesis y la representación que son características de la teoría literaria. Aclara el concepto de mimesis acogiendo el sentido aristotélico como “un proceso artístico creativo en el que se crea un mundo textual, compuesto por elementos tanto de lo real factico como por elementos inventados”. Desde esta

perspectiva, decir Mimesis implica tanto una herramienta de invención y creación como de aceptación de la realidad.

En el caso concreto de lo que se plantea como re-presentación se utiliza el término en el sentido de “mostrar”, dejar ver, colocar en común a partir de un universo de simbologías, signos en donde se expresa con palabras mundos existentes y mundos posibles. Ya se ha dicho suficientemente en el transcurso del análisis presentado en estas líneas, la estructura de la representación. Pero de lo que se trata es de mostrar en términos de la literatura lo que se refiere a la superestructura de la composición literaria.

En materia de representación y con relación a la teoría literaria contemporánea se exhiben diferentes puntos de vista que afirman la ficcionalidad de la composición y la deformación de la realidad. Espezúa sostiene acerca de 2 posiciones paradigmáticas que muestran, por un lado acudiendo a Jacques lacan, que “no se puede representar el mundo real y concreto, que la mediación de signos modifica lo real y que por lo tanto no hay cabida para la verdad y la objetividad”. Lo que quiere decir que se está asistiendo a un mundo deformado por la acción de la palabra, donde hay una versión y no la realidad en sí misma. “Solo tenemos acceso a una interpretación de lo real, que es la realidad y que está construida con y por el lenguaje” (Espezua, 2005, p.70).

Es claro, entonces, mas no totalmente cierto que en una realidad que está en continuo movimiento, que contiene una especie de *Nous* que le es propio y que le da dinámica, se corre el riesgo de asumir tantas versiones de la realidad como

sujetos sensibles puedan percibirla. El *ser de las cosas*, sus atributos y sus principales lugares de representación se encuentran en un espacio tiempo definido pero tiende a moverse y transformarse ante los ojos de sus espectadores que son quienes le definen. En términos prácticos, la realidad aquí sería la impresión que deja al sujeto sensible el objeto de su análisis y que se transforma en representación.

La otra posición plantea que la literatura no se desprende de la realidad, solamente la reconstruye, la resignifica, le da nuevos sentidos; la reelabora y la presenta acudiendo a procesos de triplicación donde se capta los atributos generales de las cosas y lo que rodea las mismas (características permanentes, constantes, importantes y elementos de los estados, las personas y la naturaleza en general). Aquí hay una relación entre el mundo y las acciones que se representan y la fuente de su inspiración; relación entre lo creado y la imagen que a manera de impresión sirve de fundamento para la creación (la realidad). En estos términos, desde la posibilidad de abordar la característica que se plantea de ficción dentro de la producción literaria y por ejemplo en el cuento, se evidencia que la existencia de un mundo representado o un mundo ficcional tiene como punto de partida las características de la realidad sin las cuales la producción literaria no sería posible. ¿Cómo hablar de lo que no existe si el sujeto hablante mediante el lenguaje recrea, dice y le da nuevos significados solo a lo que puede conocer? “En esa lógica toda representación es un fantasma, un espectro, una

sombra, un simulacro, un residuo, un espíritu de lo real muerto” (Espezúa, 2005, p.72).

Se escribe manzana porque se puede coger, porque hay un sabor en la memoria, una figura, color y textura de la misma y se podría decir que *las manzanas flotan en la memoria de Eva como una señal de su traición contra el mundo para que fuera expulsado del paraíso, mientras la serpiente observa el resquebramiento dejado por aquella tragedia*. Aquí hay un recurso de ficción producto del imaginario de la humanidad acerca del pecado original y una pintura o imagen que deja grabada la señal de lo acontecido, pero hay un punto de partida. No existe bajo ninguna medida una narración que tenga como fundamento primero realidad, porque las personas son arquetipos hechos de cosas que se reconocen y que están en su construcción humana. De la misma manera, tomando todo lo anteriormente dicho se puede esbozar que la representación deja al aire la ausencia de *un algo* que cobra forma y valor, tal vez con nuevos significados pero que no quiere decir que no exista: “[...] la ausencia de la presencia y la presencia de la ausencia” (Espezua, 2005, p.73).

Ahora bien, la posibilidad de una representación desde la práctica literaria comporta una estructura sobre cual se sostiene la producción de las representaciones, que se han dicho son lecturas diferentes de la realidad a partir de los actos de habla y que persiguen objetivos comunes: producir adhesión a una forma de percibir el mundo o dar a conocer una impresión, que es impresión de los

sentidos acerca de un objeto (la realidad) y que al ser dado a conocer se transforma en representación.

Los mundos posibles son a partir de Aristóteles potencialidades, posibilidades de lo que puede ser imaginado o elaborado. Es aquello de lo cual se puede decir y que además es necesario como punto de desarrollo de la narración y tiene la característica de ser real. La idea de un mundo posible propone el acercamiento de la realidad a las posibilidades de la creación, en el decir que podría transformarla en ficción; pero una ficción de lo real, de lo que es perceptible y propiedad de los sentidos, de donde surge esa imagen que se recrea.

La idea de los mundos posibles en la producción literaria deja la sensación de que la ficción, es decir, esa resignificación que es propiedad de la mirada y la percepción vuelta narrativa dentro la argumentación hablada o escrita, crea un mundo totalmente distinto al real y sigue gravitando sobre lo que termina convirtiéndose en una especulación, puesto que como se ha dicho el punto de partida de toda expresión virtuosa de lo humano es la realidad. La condición principal para la existencia de un mundo posible es que el mismo pueda llegar a ser concebido y que su concreción sea coherente; pero ¿cómo hablar de concepción y coherencia sin un modelo al cual referirse? La respuesta en relación a esta inquietud está resuelta en sí misma.

Pero la estructura de la narración hablada o escrita, es decir, la representación de un algo real a partir de los actos de habla es intrincada, se estira y se encoje por decirlo figurativamente; se extiende desde lo que se da en

llamarlos Campos de referencia, definidos por Harshaw como universos que contienen una multitud de campos de referencia entrecruzados e interrelacionados de diversos modos (Espezua, 2005, p.78); prácticamente se está hablando de dispositivos que tienen características ideológicas que se ubican en tiempo y espacio o en diferentes tiempos y espacios, que persiguen en su hecho argumentativo las mismas metas de producir opinión entre los receptores, intercambio y nueva creación por lo que pueden ser recursos variados de ambientes y situaciones a los cuales se alude. Así dentro de la diversidad de campos de referencia se establecen distinciones que aluden a referentes externos e internos donde se desarrolla la acción y que sirven de ambientes, entendidos estos como campos de referencia externos e internos respectivamente.

## CAPÍTULO 2

Dice Mempo Giardinelli en su texto “El cuento como género literario en América Latina”<sup>1</sup> que el cuento “es un género indefinible, porque si se lo define se lo encorseta, se lo endurece”, intentando argumentar que narrar es una acción diaria humana, desde la antigüedad, desde el inicio de los tiempos. Y es que si rastreamos la historia de la humanidad, nos enfrentamos a todo un universo narrativo, llámese oral o escrito, pero siempre se hallará la intención del hombre por comunicar, por dar a conocer sus modos de pensar, sus imaginarios. Como lo asegura el mismo Giardinelli: “No en vano toda la Historia de la Humanidad es una narración, primero oral, luego escrita”.

No es la intención de este trabajo rastrear el origen del cuento, de ser así tendríamos que remitirnos a sus inicios, como lo dice Imbert “[...]hace ya 4000 años (en textos sumerios y egipcios), como relatos intercalados y que luego se van perfilando en la literatura griega (Herodoto, Luciano), como digresiones imaginarias con una unidad de sentido relativamente autónoma” (citado en

---

<sup>1</sup> Palabras del escritor argentino Mempo Giardinelli en la Ceremonia de Premiación del Premio Centroamericano de Literatura "Rogelio Sinán" 1997-98, celebrada en el Auditorio de la Lotería Nacional de Beneficencia el día 24 de abril de 1998. Esta información, al igual que el texto, fueron tomados de <http://www.ciudadseva.com/textos/teoria/hist/giardine.htm>. Todas las citas de Mempo son tomadas de dicho texto.

Giardinelli, s.f.). Para ello habría que hacer relación de una infinidad de autores de todos los rincones del planeta y de sus instancias históricas “[...] el cercano Oriente, Egipto, Israel, Grecia, Roma, India, China, etc.” (Imbert, 1992, p.23), y a su vez de otro número mucho más amplio de títulos, trabajo que además de ser engorroso, terminaría siendo interminable. Podríamos sumarle a esto, además, como lo dice Imbert, que el cuento no sólo tiene un origen histórico, sino también un origen psicológico, teniendo así que hablar de “[...] el móvil psicológico que lleva a un hombre o a una mujer intervenir en una conversación para contar algo. [...] De súbito un incentivo cualquiera le despierta un recuerdo o las ganas de inventar una aventura” (1992, p.24). Ni lo histórico ni lo psicológico son el objetivo de este trabajo.

Ahora bien, podríamos ponernos en la tarea de hacer una definición de “cuento” literariamente hablando, pero esto significaría también pretender encasillar al cuento como un concepto, y creo a ciencia cierta que no se trata de ello, sino del resultado de un instante creador, de un momento de inspiración que el narrador, el cuentista, ha enfrentado, y por ello ha decidido relatárnoslo. Y, retomando el inicio de este capítulo, mucho menos hablar de él como género, discusión que ha tenido infinitos encuentros en talleres, seminarios, conversatorios, etc.

Hablemos un poco, entonces, sobre ciertas características del cuento. Nos habla Giardinelli que todo aquello que nos fascina de todo buen cuento literario son “la brevedad y concisión, que es lo mismo que decir la precisión”, y citando a

Edmundo Valadés afirma que “el cuento escapa a prefiguraciones teóricas, pero su única inmutable característica es la brevedad”. Es necesario aclarar aquí que cuando se habla de brevedad no nos referimos a un número determinado de páginas, sino a la capacidad del autor de referirnos su historia de modo concreto, sencillo, sin descripciones floridas y salidas de toda narrativa, pertenecientes más al universo de la poesía. Para Imbert, por ejemplo, la brevedad también es una característica esencial del cuento, asegurando que

El cuento vendría a ser una narración breve en prosa que, por mucho que se apoye en un suceso real, revela siempre la imaginación de un narrador individual. La acción —cuyos agentes son hombre, animales humanizados o cosas animadas— consta de una serie de acontecimientos entrelazados en una trama donde las tensiones y distensiones, graduadas para mantener en suspenso el ánimo del lector, terminan por resolverse en un desenlace estéticamente satisfactorio. (1992, p.40)

Tenemos, pues, cuatro características más aparte de la brevedad y la concisión: acción, trama, suspenso y desenlace. La acción asociada a los hechos contados; la segunda, a la red de tejidos creados entre los personajes y sus acciones; la tercera relacionada con la capacidad del autor para darnos la información de modo que quedemos atrapados en su mundo narrativo y no queramos apartarnos de él sino hasta el final; y, el desenlace, no siempre al final,

no siempre explícito, nos lleva a la resolución del conflicto. Lauro Zavala (s.f.)<sup>2</sup> e su texto “Un modelo para el estudio del cuento”, no se aparta mucho de esta concepción y nos habla de “[...] las características en la construcción de cinco elementos sustantivos de todo cuento literario: tiempo, espacio, personajes, instancia narrativa y final”.

Vamos a definir cada una de estas características a la luz del texto de Zavala, no sin antes decir que este hace una definición de cada una de ellas atendiendo a diversas etapas del cuento: el cuento clásico, el cuento moderno y el cuento posmoderno. Para el objetivo de este trabajo vamos a referirnos sólo a lo relativo al cuento posmoderno, ya que es allí donde se enmarca mi trabajo creativo.

## **2.1. El tiempo**

Toda narración está atravesada por el tiempo, es este quien rige el actuar de los personajes. Sus modos de pensar, sus discursos, sus cotidianidades están amarradas al tiempo necesariamente. Es decisión del narrador qué contar, cómo y cuándo hacerlo. Bien puede iniciar su narración por el final, bien puede seguir un orden cronológico. Como lo asegura Zavala “*El tiempo puede respetar aparentemente el orden cronológico de los acontecimientos, mientras juega con el mero simulacro de contar una historia*”. Los personajes se mueven en el tiempo:

---

<sup>2</sup> Todas las citas serán tomadas de este texto. Zavala, Lauro. (s.f.). Un modelo para el estudio del cuento. Recuperado de [http://www.difusioncultural.uam.mx/casadeltiempo/90\\_jul\\_ago\\_2006/casa\\_del\\_tiempo\\_num90-91\\_26\\_31.pdf](http://www.difusioncultural.uam.mx/casadeltiempo/90_jul_ago_2006/casa_del_tiempo_num90-91_26_31.pdf)

piensan, recuerdan, toman decisiones, se apuran, retrasan actuaciones. Es, pues, el tiempo elemento principal de toda narración literaria. Para dejarlo en palabras de Imbert

El cuento, como cualquier otra creación humana, cobra sentido en el tiempo. Es tiempo concentrado. Sus palabras se suceden una tras otra: tiempo. Sus personajes sienten, piensan, quieren, se lanzan al porvenir, recuerdan el pasado: tiempo. La acción está entramada en la historia: tiempo. La acción está entramada en un proceso mental: tiempo. Se describe un paisaje como estado de ánimo: tiempo. Tiempo, tiempo, tiempo. (1992, p.182)

El tiempo atraviesa todas las instancias del universo narrativo: llámese personaje, acción o paisaje.

## **2.2. El espacio**

El cuento no escapa a la realidad de toda representación: a pesar de ser una imitación del mundo real, sus elementos sólo son posibles en su universo, y el espacio no es la excepción. Aunque se corresponde con el mundo real, el espacio sólo cobra sentido y forma en la lectura, es el lector quien lo convierte en real, es el lector quien le da forma y tamaño a través de su imaginación. Dejémoslo en palabras de Zavala:

*El espacio* está construido de tal manera que se muestran *realidades virtuales*, es decir, realidades que sólo existen en el espacio de la página a

través de mecanismos de invocación. Estas realidades son construidas a través del proceso de lectura, a través de la intercontextualidad articulada imaginariamente por cada lector.

Y a su vez nos dice Imbert, quien no usa la palabra “espacio” sino “escenario”:

[...] El lector de un cuento responde con su imaginación al poder evocador de las palabras. No ve el escenario, no oye el diálogo: sólo se los imagina. Pero las <<escena>> que transcurren en el <<escenario>> de un cuento, por lo mismo que son mentales, se desplazan libremente por el espacio y el tiempo. (1992, p.232)

Así, pues, el espacio es una característica imaginaria, plasmada en el relato a través de los placeres del narrador, de sus elecciones, muchas veces empujado por las situaciones de los personajes, pero puesta en ejercicio a través de los ojos del lector, que es quien en última instancia le da una existencia real dentro de su propio universo narrativo, creado a través de su imaginación.

### **2.3. Personajes**

Dice Zavala: “*Los personajes* son en apariencia convencionales, pero en el fondo tienen un perfil paródico, metaficcional e intertextual”.

Los personajes que se encuentra el lector en el relato no son diferentes a aquellos que puede hallar en su cotidianidad. Si bien es cierto que el texto

narrativo pertenece a una elaboración meramente ficcional, el narrador se vale de su propio conocimiento de la realidad para crear sus personajes, para ponerlos en escena, para caracterizarlos. Muchas veces estos personajes pueden excederse en sus comportamientos, pero ese exceso es elección del narrador, es él quien decide qué hacer, cómo y cuándo hacer con ellos. La selectividad es una de sus condiciones y la usa a su antojo. Veamos:

El narrador, al seleccionar, deja de lado lo que no le interesa. El impulso de elegir no es más activo que el de rechazar. Se quiere esto, no se quiere aquello; no se quiere esto, se quiere aquello. Ambas manifestaciones de la voluntad son igualmente enérgicas y cada una de ellas puede tomar la iniciativa. [...] El narrador, para controlar las reacciones del lector, practica una doble estrategia, con pronunciamentos y con silencios. (Imbert, 1992, p.82)

Y los personajes no escapan a sus caprichos. Puede dibujarlos tal y como su voluntad se lo indique. Puede asesinarlos, puede enamorarlos, puede hacer que uno de ellos cambie sus modos de pensar y ver el mundo, puede transformar un ángel en un demonio. Pero finalmente son los personajes quienes le dan sentido a su historia, se necesitan; sin ellos, el narrador tendría que ser su propio personaje, y tal como sucede en el mundo real, no estaría dispuesto a sufrir todas las vicisitudes a las cuales él mismo los expone.

## 2.4. Instancia narrativa

Retomemos la función del narrador: en sus manos está la historia, en su voluntad decidir qué quiere y que no quiere que sepamos. De alguna forma nos manipula, nos esconde la información, nos la presenta de acuerdo a su conveniencia, lo que Imbert da a conocer como “Actitud del narrador” (1992, p.82). Dentro de esa actitud narrativa nos encontramos con dos asuntos de importancia: la objetividad y la subjetividad del narrador.

La elección del narrador siempre va a estar mediada por sus gustos y en su posición elige una perspectiva (Imbert, 1992, p.82). Veamos: “La verdad es que el narrador siempre va a estar ahí, controlando la materia y la forma de su narración. No hay palabra que no sea de él” (p.83). Pero su palabra siempre aparecerá y nos será mostrada por su punto de vista, sea que él narre su propia historia, sea que nos cuente la historia de otro.<sup>3</sup>

Al respecto nos dice Zavala:

*El narrador* suele ser extremadamente evidente para ser tomado en serio (es autoirónico) o bien desaparece del todo (como ocurre en las viñetas textuales, en las fábulas paródicas o en la mayor parte de los cuentos ultracortos). La intención de esta voz narrativa suele ser *irrelevante*, en el sentido de que la interpretación del cuento es responsabilidad exclusiva de cada lector(a).

---

<sup>3</sup> Recordemos aquí que el narrador puede contarnos la historia situado de cuatro maneras, o desde cuatro puntos de vista: 1. Narrador en primera persona protagonista. 2. Narrador en primera persona testigo. 3. Narrador en tercera persona cuasi omnisciente. 4. Narrador en tercera persona omnisciente. (Imbert, 1992, pp.55-61).

Aquí valdría la pena añadir o acotar a las palabras de Zavala que esa irrelevancia de la voz narrativa está dada precisamente por su actitud, su voluntad de contar u omitir, y es el lector quien la recrea en su imaginario, quien le da una existencia certera, o quien la elimina.

Imbert deja claras las diferencias entre escritor y narrador, tan fáciles de confundir para el lector desprevenido, y a su vez habla de un narrador ideal que sustituye al escritor real (1992, p.45), diciéndonos que se da en dos clases:

El *narrador sin rostro*. La acción pasa por su conciencia: evita usar el pronombre <<yo>> y si bien está presente en el cuento (¡esto es inevitable puesto es él quien cuenta!) carece de características personales; el lector no sabe cómo es, físicamente.

El *narrador con rostro*. Aparece vivo y visible, con rasgos fisonómicos marcados, y se siente a sus anchas usando tanto el <<yo>> como el <<él>>.

Es, pues, el narrador quien pone y dispone, quien quita, quien elige, quien nos lleva y nos trae de acuerdo a su libre albedrío.

## **2.5. Final**

De la estructura clásica del cuento, la cual nos indica que necesariamente un cuento debe contener principio, medio y fin explícitos, pasamos a una concepción moderna, donde lo que menos interesa es si esos elementos son notoriamente visibles o si son explícitos. Es de escogencia del narrador la acción por la cual ha de comenzar a contarnos su historia. Puede hacerlo desde el final, lo que para él

es el final, como sucede con *Crónica de una muerte anunciada*, de Gabriel García Márquez, que si bien no es un cuento, sí nos permite aquí ubicarla como ejemplo de aquello que nos ocupa en este apartado. Como lo indica Horacio Quiroga en su texto “La retórica del cuento”<sup>4</sup>

Pero no es indispensable, adviértenos la retórica, que el tema a contra constituya una historia con principio, medio y fin. Una escena trunca, un incidente, una simple situación sentimental, moral o espiritual, poseen elementos de sobra para realizar con ellos un cuento.

Un final abierto nos indica que cualquier cosa es posible después de la información dada por el narrador, así que está en la imaginación del lector, a partir de la historia, crear su propio final.

Imbert, con respecto a lo anterior, nos habla de “cuento formal” y “cuento informal”. El primero, nos dice Imbert, “[...] es una limitada serie de palabras: principia con la primera, finaliza con la última. El cuento más amorfo no podría menos que sujetarse a las formas de esos límites” (1992, p.100). Siendo así, esta formalidad regularmente está marcada por el inicio “érase una vez”, “había una vez”, y otras del mismo estilo, y por el final “colorín colorado”, o en muchas ocasiones marcado con su propia palabra “fin”. Sin dejar de decir que siempre en este tipo de relatos habrá un orden cronológico en las acciones.

---

<sup>4</sup> Este texto fue tomado de <http://www.ciudadseva.com/textos/teoria/opin/quiroga3.htm>

Con respecto al “cuento informal”, nos asegura Imbert que “El narrador reemplaza las formas tradicionales con otras que él plasma a gusto de su paladar. Si le apetece, cuenta para atrás” (1992, p.100). Aquí no sería extraño presenciar en una narración la muerte de un personaje en el inicio y posteriormente su vida anterior. Formulada usada por los escritores sobre todo en esta época posmoderna, y quizá por una razón especial, como lo indica Imbert:

Hay lectores que, antes de leer un cuento, quieren averiguar cómo termina y le echan un indiscreto vistazo al desenlace. Anticipándose [...] a ese hábito, el narrador inicia su cuento con el desenlace. [...] El lector está confundido, perplejo, perdido en la oscuridad y su pregunta no es, como ante el cuento clásico, <<¿qué ocurrirá en el futuro?>>, sino <<¿qué diablos significa este pasado?>>. (p.100)

Quizá no sea la única razón por la cual narrador escoja el final como inicio, o ir y venir en el tiempo de su narración, pero sí puede resultar la más clara.

Finalmente, Zavala nos deja claro que el final es una apariencia, una simple manera de llamar una parte de un cuento que apunta hacia una resolución total de la historia, pero que no siempre sucede:

“*El final* es en apariencia epifánico, aunque irónico. Las *epifanías*, entonces, son estrictamente *intertextuales*” (Zavala).

## **Antes del amanecer (cuentos)**

**Juan Carlos Urrutia**

## **Antes del amanecer**

—Nos salvamos —pensé.

Cuando llegamos al final del callejón no había nadie. La luna iluminaba con una luz mortecina. Parecía que ya iba a amanecer. Al fondo, en los pocos árboles que se veían a la distancia, se oían trinos de pájaros, chillidos de críos recién paridos.

Habíamos corrido toda la noche. De vez en cuando mirábamos hacia atrás y sólo nos seguían los ruidos. Creíamos, al cruzar las esquinas, que cada calle abordada era nuestra salvación y entonces nos deteníamos a buscar soluciones, pero cuando sentíamos de nuevo sus sudores teníamos que emprender la huida y avanzar por calles desconocidas y desiertas.

Éramos cuatro. El menor, Juan, había quedado calles atrás con cinco tiros en su cuerpo. Manuel era el más grande y también el más cobarde, ese nos estaba haciendo perder tiempo ya que llevaba herida una pierna. Pensamos en dejarlo abandonado pero no quisimos. Era mala idea darle moral al perseguidor. Realmente no sabíamos quién ni por qué nos seguía, pero en cada esquina ganada sentíamos las balas atravesándonos los oídos.

—¿Qué hicieron?

—¿Con qué?

—¿Con el menor?

—Pues lo que haría cualquiera: dejarlo tirado. Se nos había convertido en un estorbo. Nadie iba a cargar con ese cadáver.

—Está seguro de qué ya estaba muerto. Se cercioraron de eso.

—¿Qué si estábamos seguros? Claro. Sí, muy seguros.

—¿Y después?

—Corrimos. Cuadra tras cuadra sin saber hacia dónde nos dirigíamos. Creíamos que cada calle nos iba a brindar una esperanza, pero a medida que avanzábamos se hacían más pequeñas. Parecían callejones.

—¿Parecían o eran callejones?

—No sé. No estoy seguro.

—¿Por qué?

—El miedo cambia la forma de las cosas.

—¿Por qué tenían miedo?

—Y quién no, con una manada de dementes atrás disparando a todo lo que se moviera.

—¿Y el otro?

—¿Cuál?

—El segundo. Manuel.

Un grupo de ratas atravesó la calle y se metió por debajo de un portón. Olía a comida podrida y nos detuvimos por segunda vez. Pensamos en cargar a Manuel. Mala idea porque tendríamos que cargarlo entre los dos y ahí sí que nos agarrarían. Encontramos agua en una llave que parecía escondida en medio de dos botes de basura. Bebimos. Lavamos la herida de Manuel y sólo hasta ese momento nos dimos cuenta que era profunda. No era un juego: la herida era de un arma de gran calibre. Por él ya no había nada que hacer pero aún seguía con vida.

Contábamos las calles e intentábamos reconocerlas. No podíamos. Nunca habíamos estado por esos lugares. De la nada salió un gato y caminó por delante de nosotros. Parecía mirarnos. El Cojo y yo nos miramos. El animal era tuerto y tenía llagas en su cuerpo. Lo pateó.

Le decíamos Cojo porque lo era. Había recibido tres disparos de guacharaca en su pierna izquierda y fue casi que reconstruida. Duró tres meses recuperándose y nosotros tres meses sin hacer nada. Si alguno de nosotros no estaba teníamos que quedarnos quietos porque cada uno tenía una función especial.

—Explíquese.

—¿Qué?

—Eso de las funciones. No me queda claro.

—No tiene ciencia. Mire: el menor era el más ágil, entonces nos servía de campanero.

—¿Campanero?

—Sí, campanero. Él se encargaba de echar ojo y avisarnos si aparecía algún policía o vigilante.

—¿Qué más?

—Manuel, como era el más grande, amenazaba a las víctimas. Casi que las torturaba pero no llegábamos hasta eso. Sólo verlo producía temor y nos entregaban lo que queríamos rápido.

—¿Y El Mocho?

—Cojo.

—Mocho o Cojo, para el caso es lo mismo. ¿Qué hacía?

—Recogía.

—¿Cómo así?

—Dependiendo de lo que hiciéramos, él recogía las ganancias. Guardaba en una maleta las cosas que íbamos ganando.

—¿Y usted?

—Yo me encargaba de las ideas. Cualquier cosa que hiciéramos tenía que pasar por mi aprobación o salir de mi cabeza. Yo era el genio.

—¿Y qué pasó?

—No sé. Sólo salimos a tomarnos unos tragos.

Cuando al fin atravesé lo que imaginé era la avenida principal, me sentí lejos. Creí que los había perdido. El Cojo había quedado atrás. Acompañado del gato que lamía su sangre y agonizando. No alcancé a ver dónde le habían dado. No podía detenerme. Corría solo y más asustado. Al fondo el sol empezaba a coronar las montañas. El nuevo día se mostraba como mi salvador.

Una bandada de loros surcó el cielo. Eran las seis pasadas. Miré hacia atrás y no vi a nadie, entonces, me detuve. Miré a lado y lado. Nada. A la ciudad parecía habérsela tragado un gigante. La calle no la conocía: no sabía dónde estaba. Caminé algunas cuadras más y la angustia se hacía infinita, negra. También negro era el sudor que corría por mi cuerpo. La sed aumentaba y hubo un momento en qué creí agonizar. Vomité. Un sabor agri dulce quedó en mi boca y corrí nuevamente. Hacia ningún lado.

Cuando crucé la última esquina me sentí aliviado porque la reconocí. Estaba lejos de un lugar seguro, pero era lo primero que reconocía después de haber errado tanto. Sentía los oídos en el corazón. Escupí. La saliva hizo un grumo en la tierra seca. El sol empezaba a calentar.

El carro disminuyó la velocidad y me abordó al final del callejón. No reconocí a nadie. Eran tres. Tres con el chofer: un negro descomunal que fue el que se bajó y me obligó a subir. Los otros iban atrás. No dijeron nada. Uno de ellos me abofeteó y sentí la sangre correr por mi cara. El otro sonrió.

No sé adónde llegamos. Parecía el sur. Una casona vieja y con olor a madera húmeda. Me introdujeron en un cuarto oscuro. Un hilillo de luz entraba por

el quicio de la puerta. Entró un hombre alto que desprendía un olor nauseabundo. Me pegó. Dijo algo que no entendí y me pegó nuevamente. Pedí agua. Entonces, empezó a introducir mi cabeza en una tina llena. Hizo muchas preguntas.

—¿De dónde eran?

—¿Quiénes?

—Sus amigos. Los otros tres.

—Del oriente.

—¿Quién mató al primero?

—...

—¿Y el segundo?

—Estaba agonizando. No podíamos dejarlo tirado y mucho menos cargar con él. Usted entiende. Si hubiera podido me lo llevo y ya. Dejar un muerto es como darle ganas al enemigo. Pero estaba casi muerto.

—¿Cuántos tiros?

—Uno. En la cabeza.

—¿Y el tercero?

—Se quedó atrás. No escuché cuando le dieron pero lo vi tirado. Estaba muerto. Si no, entonces se lo comió el gato.

Después de tres zambullidas ya estaba bañado. No me di cuenta cuando entró el otro. Me sentaron en una silla, amarradas las dos manos atrás. Colocaron

una bombilla justo frente de mi cara. Sentía los ojos pesados y el olor a sudor en mi cara. Ya no caía sangre.

Hasta ahí llegaría. Llevaba nueve años bien vividos. Me acostumbré a mujeres y drogas. Me enseñé a tener mucho dinero. Nunca conocí una cárcel. Nunca una tortura. Por algún lugar del cuarto entró un olor a café recién colado. Recordé a los tres. Las herida de Juan y el disparo en la cabeza de Manuel. Se veía bonito con el hilillo de sangre brotando de su frente. El gato lamiendo las heridas del Cojo.

Tenía una voz femenina. No podía verlo pero sí escucharlo. Fingí un desmayo pero me levantaron de otro puñetazo. Nunca debimos haber hecho nada. No salimos esa noche con ganas de hacer nada.

—¿Por qué lo hicieron?

—¿Qué?

—No se haga el güevón. La mujer de anoche. ¿Qué les hizo? Algo tuvo que haberles hecho.

—¡Ah! Es eso.

—Sí. ¿Sabe quién era?

—No quiso bailar con Juan.

—¿Y eso qué?

—A él le molestó y le pegó. Después la obligamos a salir y la llevamos a un callejón.

—¿Eso es todo?

—Allí Manuel la sostuvo mientras nos turnábamos para comérsela. Ella gritó una vez y entonces El Cojo, que fue el primero y estaba encima, le pegó.

—¡Y!

—Nada. Cuando acabamos la dejamos tirada y nos marchamos. Allí empezamos a sentir los disparos.

—¿Sabe que igual se va a morir, cierto?

—Eso ya no tiene importancia.

## VANESSA

Tendido sobre la cama con la mente aún atascada en los momentos bellos que tuvimos juntos y las cosas que soñaba darle para hacerla la mujer más feliz del mundo, trataba de reinventar las largas caminatas a través de ciertos barrios del sur de la ciudad, soñando que algún día tendríamos casa y carro como los que aquellos “burgueses”, a quienes constantemente criticábamos, ostentaban.

Juntos teníamos la capacidad de visionar un futuro muy prometedor, dejando a un lado el estigma de que ser pobre es una imposibilidad a un nivel digno en nuestra sociedad. De caminata en caminata, habíamos construido un paraíso en nuestras mentes y a veces hasta perdíamos los acuerdos y responsabilidades en ese mundo de ilusiones y con frecuencia Vanessa terminaba trompona conmigo porque yo había olvidado el rol asignado en previas conversaciones.

Imágenes que me venían a la mente como ráfagas cargadas de sentimientos e impotencia por no poder recordarlo todo, de tener la sospecha que mi mente me estaba haciendo una mala jugada, me acogía una agonía desde el fondo de las entrañas que a ratos me impedía la respiración y que finalmente se tornaba en un llanto agónico.

Inevitablemente mis ojos recurrían a la carta que ella me dejó, una hoja de papel bond ya releída un sinnúmero de veces, y ahora arrastrada sobre el piso

rústico de la habitación por una débil corriente de aire que entraba por la ventana justo al frente de nuestra cama.

*Manuel lo siento mucho, pero ya no puedo esperar tantas cosas que tal vez nunca vendrán, nuestro regreso a esos días cuando había amor de ambas partes, la casa que con el sueldo que tienes dudo algún día puedas comprarme. Ya no aguanto tu maldito genio, tu silencio, tus emborrachadas por nada, me cansé que tu mamá quiera meterse en nuestra relación, que el maldito x-box sea más importante que yo, que me trates como tu sirvienta y ya no me saques ni siquiera a dar una vuelta al parque. Manuel, ya me aburrió tu frialdad en la cama y que solo tenga que ser cuando tú lo desees y el poco tiempo que últimamente prometes. Creo que esto no funciona hace rato y lo mejor es terminar con esta tortura que poco a poco me conduce a mirarte con desprecio y rabia...*

Vanessa se había convertido en la única luz que veían mis ojos desde que nos conocimos en una rumbita del barrio, ella era la novia de uno de mis mejores amigos y no puedo negar que me gustó desde el momento que me la presentó, pero por la sencilla razón de que uno respeta a la novia de los parceros me tragué el sentimiento por casi dos años.

En una de esas fiestas de amor y amistad que acostumbrábamos a hacer en el barrio, pasada la media noche y con los tragos en la cabeza, decidí tantear el terreno y salir de esas de una vez por todas porque en el parche las reglas también estaban para ser quebrantadas.

Ella, no como el común de las chicas que hasta entonces había conocido, demostró que era una de esas “echadas pa'lante” y sin rodeos ni complicaciones aceptó con una hermosa sonrisa mi propuesta de vernos a escondidas y fue esa noche cuando empezó nuestro secreto.

Por un poco más de un año, nadie diferente a nosotros dos supo de nuestras visitas al Señor de los Cristales, las trabadas en la Loma de la Cruz, las madrugadas desde los moteles, nuestros viajes a los termales y hasta una vez nos volamos a Cartagena.

Vanessa era dulce, amable y de buenos modales, bastante sensible, sabia e inteligente; le gustaba leer cuentos de ficción y tenía la disciplina de leerse un libro por semana, era sin lugar a dudas la mujer más prudente, discreta y madura.

Al principio, con Vanessa siempre encontrábamos temas interesantes sobre los cuales conversar, hablábamos de gobiernos, sexo, literatura, hijos, viajes, sueños; ella tenía un discurso fino sobre la política, la economía y las guerras, pero en cuatro años que estuvimos juntos nunca permitió una conversación ni de religión, ni sobre su familia. Una vez, cuando le pregunté sobre sus papás, me dijo que no sabía de ellos hacía varios años y que eran pastores de una iglesia en un pueblo que ya ni recuerdo, que había dejado toda una vida a sus espaldas en huidas del régimen de sus padres y otros factores a los cuales no le interesaba hacer referencia; que había llegado a Cali en busca de nuevas oportunidades y que inicialmente se había acomodado en el apartamento de Sofía, una amiga de la infancia. También me contó que había trabajado en lo que saliera y que como

mujer berraca que era se le medía a todo, incluso a matar y robar si era necesario; ella había trabajado en casas de familia, ventas puerta a puerta, restaurantes, y cuantas oportunidades le ofrecieron con tal de tener su propia plata en el bolsillo, hasta que llegó al *call center* lugar donde conoció y se hizo novia de Mauricio, mi amigo para aquel entonces, con quien al mes de noviazgo se fue a vivir porque las cosas con Sofía se habían tornado hartas y él le prometía algo de estabilidad.

Vane, como la llamaban sus amigas, también me contó que en un comienzo no amaba a Mauricio, pero que con el tiempo aprendió a quererlo porque en términos generales él había sido bueno con ella, que ella se sentía bien con lo poco que él le brindaba, pero que la monotonía había terminado cansándola, que por su trabajo no le daba tiempo a ella, que le faltaba experiencia en el amor y que ya poco la satisfacía en la cama. Ella realmente no buscaba una vida lujosa, llena de paseos, de fiestas y de experiencias extraordinarias, ella no pedía mucho, pero sí un hombre capaz de hacerla sentir mujer en ciertos aspectos, un hombre que la hiciera ver los demonios en la cama, y que también de vez en cuando le ofreciera un pedacito de cielo en la vida social.

Durante esos años de amor furtivo, Vanessa se convirtió en el centro de mi vida, era todo lo que mi alma quería tener y todos mis gastos, sueños, planes y energías estaban endosados a su nombre, sus caprichos y voluntades. Yo hice hasta lo imposible para complacerla y mantenerla contenta, porque en últimas ella no pedía mayor cosa más que vernos y estar juntos, el cual muchas veces significaba viajar a otros lugares, planear operativos de escape, inventar mentiras

creíbles y pagar honorarios a quienes me cubrían la espalda en la empresa para la que yo trabajaba.

Vino a mi mente la vez que nos escapamos para Cartagena, sentado en la playa contemplando su cuerpo sumergido en el agua, su piel morena salpicada de arena, esa cara de anonadación al ver el mar por primera vez; cuando me pedía tomarle fotografías, ella parecía una niña saltando y yo intentando agarrar una imagen de su hermosa figura en el aire. Me sentía tan feliz verla escribir nuestros nombres entre un corazón grandote sobre la arena.

Pensaba en esos ojos claros, su llanto de alegría cuando con un ramo de flores me aparecí la mañana de su cumpleaños en la habitación del hotel cantándole con mi mal pronunciación en inglés el *Happy birthday*, la sonrisa de satisfacción cuando caminábamos tomados de la mano por la Cartagena Colonial, escuchaba su respiración agitada cuando después de un beso nos abrazábamos como queriendo detener el tiempo y ella me susurraba al oído su deseo de quedarse por siempre en aquellos momentos y no tener que volver a las polvorientas calles de nuestro asqueroso barrio.

Como un padre que malcría a su hijo y no prevé las consecuencias futuras de aquellos comportamientos, en un principio, todos los defectos de Vanessa eran para mí virtudes que la hacían diferente a cualquier otra mujer; yo amaba sus pataletas, sus celos injustificados y su maldita costumbre de hacer solo lo que se le daba la gana. Ella fue la única mujer que realmente me hizo feliz, fue la primera con la que estuve íntimamente, me enseñó a satisfacer sus necesidades y

caprichos cualesquiera que fuesen. Ella creó la bestia que muchas veces encontré en mí y que a menudo me echaba en cara, me enseñó a insultarla cuando nos amábamos en la cama y golpearla cuando poseída por el espíritu lujurioso me lo pedía, fui justo lo que ella quiso que fuera, ella me hizo a su imagen y semejanza.

Una mañana de lluvia, Vanessa llegó a mi casa emparamada y llorando, me dijo que Mauricio le había pegado y que en defensa propia lo había apuñalado. Sangrando por una herida en el pecho, Mauricio le pidió a Vanessa que se largara de la casa antes que tuviera que matarla; en medio del vendaval, ella emprendió la huida hacia mi casa, la cual quedaba a unas pocas cuadras. Le ofrecí una toalla para que se secara y una camiseta mía para que se cambiara, luego mamá le trajo una taza de café caliente. Vanesa temblaba de frío y susto al mismo tiempo y mientras se secaba las lágrimas, me daba las gracias por lo que yo hacía por ella.

Me invadió una carga de ternura verla allí sentada en mi cama, libre por fin y solo para mí; yo apreciaba bastante a mi amigo y estoy seguro de que él también, pero Vane había puesto más peso en la balanza de mis sentimientos, disponiéndome a apostar todo por ella.

Sentí un aire de satisfacción porque en conclusión eso era algo que yo había deseado e incluso en repetidas ocasiones le había pedido que dejara a Mauricio y se viniera conmigo.

Tomé aire profundo y vacilé tres veces, pero para mí esta oportunidad era única y no podía dejarla pasar bajo ninguna circunstancia, entonces fue cuando le propuse que se viniera a vivir conmigo.

Ella me miró con cara de sorpresa y luego con voz temblorosa respondió:

—No puedo, tú sabes que no podemos dejar esto salir a la luz, Mauricio es tu amigo y yo no quiero quedar como una perra ante los chicos del parche y la gente de todo el barrio. Tú estás tostado de la cabeza, Manuel, si crees que yo voy a hacer eso, yo ni loca voy a venirme a vivir contigo ¿Con qué cara voy a salirle a mis amigas que ahora vivo con Manuel el amigo de mi ex marido?

Desde ese día Vanessa se quedó viviendo en mi casa, aunque en un principio le dijimos a mamá que era solo mientras ella encontraba un apartamento y que yo dormiría en la sala mientras ella se quedaba en mi habitación; hasta que una mañana la luz del día no me dio tiempo de volver al sofá antes que mamá se levantara, entonces asumimos que ya no había nada que esconder y que al menos en nuestra casa debíamos dejar correr libre nuestro amor y asumirnos como una pareja normal.

Mamá nunca refirió una sola palabra al respecto antes prefirió tomar distancia en este asunto, aunque su postura de desacuerdo luego comenzó a ser obvia en cada palabra y gesto cuando quería referirse a Vanessa.

Había días que a las divinidades les placía hacer algún milagro, entonces Vanessa y mamá amanecían siendo las mejores amigas y hasta salían de compras a la galería. Mamá a menudo le pedía acompañarla al supermercado y más de una vez la escuché preguntar que cuándo le daríamos su primer nieto.

Pero también llegaban esos días, cuando los ánimos se calentaban y el ambiente de nuestra casa se tornaba parco y detestable. Algunos días, mamá

simplemente se olvidaba o no le daba la gana de saludar y eso era motivo suficiente para que entonces Vanesa se deprimiera y me restregara en la cara todo el veneno de su amargura.

—Tu mamá es una hipócrita, cree que puede venir a tratarla a una como le da la gana, sabes bien que ella nunca me ha querido, esa lambedera que le da a veces de que soy su nuera querida y que sueña con que le demos muchos nietos es realmente pura mierda, porque ella lo que realmente quiere es que yo me largue de su casa.

Muchas veces la embestí callándola de un grito, sus palabras me tocaban las fibras del alma y con un nudo en la garganta que me producía coraje al escucharla.

—Cállate, maldita sea, es mi vieja de la que estás hablando y no voy a permitir que te refieras a ella de esa manera, a ella la respetas o tendré que enseñarte a hacerlo —respondía enceguecido de rabia, sin miedo alguno a lastimarla.

Comencé a sentir que el equipo se había dividido y tendrí­a que decidir para cuál de las dos partes jugar. Me encontraba atrapado en una sensación de no saber a cuál de las dos mujeres que más amaba en el mundo debía bajar del pedestal, no entendía por qué diablos esas dos mujeres tenían tanta dificultad de convivencia en el mismo techo, poseídas por el defecto humano de creerse dueñas de algo, el inevitable instinto de instaurar imperio y apoderarse de la voluntad del prójimo.

Vanessa empezó a manifestar con frecuencia su inconformidad de vivir en casa de mamá y en nuestro barrio, ella quería irse a un lugar más digno, más seguro y donde no tuviera que lidiar con los mariguaneros pidiendo plata para pagar su vicio, los tiroteos de las pandillas a la media noche y los rumores que habían empezado a correr de que ella había sido prepago, aunque nadie constaba de eso y a mí tampoco me importaba su pasado.

La mayoría de la gente en el barrio conocía a Vanessa como una mujer bravera y de algún modo muchos le cargaban respeto y miedo, los rateritos no se atreverían a mirarla dos veces porque sabían que ella no se dejaría robar tan fácilmente, no era de las que corren cuando ven el peligro, ella simplemente lo enfrentaba; como ella misma decía:

—Yo moriré en mi ley, pero a mí ningún pendejo va a venir a verme la cara.

Ella no era una mujer fácil de manejar, como decimos en el barrio, pero por las buenas era una mujer muy noble y llena de amor por su prójimo, le dolía ver gente realmente necesitada y no tener nada para ofrecer. Sufría con el hecho de no poder ayudar a sus amigas que en otro momento le habían tendido la mano.

Algunas de las noches que Vanessa llegó tarde o no llegó a casa, mamá refunfuñaba desde la cocina, diciendo que esa mujer no le daba buena espina, que ella no sabía yo en qué andaba pensando cuando me metí con Vanessa, que la cara y el cuerpo bonito eran engañosos y que ella no se iba a meter en mis asuntos, pero que un día le daría la razón, que no era gratis que la gente en el

barrio andaba murmurando acerca de sus andanzas, porque cuando el río suena piedras lleva.

Quien ama no ve, no siente y mucho menos razona sobre rumores y tonterías alrededor, quien ama, ama y punto, ese era mi realidad con Vanessa.

Para mí no era oculto que Vane se iba de rumba con sus amigas los fines de semana y no veía nada de malo en que ella quisiera divertirse y pasarla bien con los que la hacían sentir querida, pero eso hizo que mamá decidiera no cocinar más para nosotros, así que Vanessa a veces se bandeaba con su poca y casi nula habilidad para la cocina y me guardaba platos especiales que ella preparaba, los cuales compartíamos en la habitación con la televisión encendida, a veces escuchando las majestuosas improvisaciones de Charlie Parker en su saxofón, que a ambos tanto nos gustaban. Pese a su poca habilidad como ama de casa, el amor que en un principio me alcanzaba para apaciguar lo quemado, salado o no bien cocido de sus comidas, con los meses fue opacándose entre turnos de la empresa, reuniones y salidas con los amigos, los torneos de micro o juegos de *Video-Games* que con frecuencia hacíamos. Todo aquello fue haciendo que Vanessa se tornara fría, indiferente y hasta que dejara de ser cantaletosa.

A veces la encontré con los ojos rojos e hinchados como si hubiese estado llorando todo el día, y si le preguntaba que le pasaba, ella respondía simplemente que nada y que había dormido mucho o que le estaba dando gripa, yo claramente sabía que ella se sentía sola y que la relación no estaba yendo a ninguna parte, que mi indiferencia la estaba matando, mi rudeza estaba lacerando su corazón,

sabía que la fuente del amor ya iba cuesta abajo y que había que hacer algo al respecto rápidamente. Pero yo me sentía un verdadero macho y los machos no se doblegan, los verdaderos hombres no andan por allí rogándole a nadie ni mendigando amor, ella tenía que aprender a confiar en mí como su marido y el proveedor de la casa que era, que la situación ya iría cambiando poco a poco, ya que en la empresa habían prometido promoverme a una mejor posición. Para aquel entonces el Banco Nacional del Ahorro me había aprobado un crédito para comprar nuestra casa, ya había comprado una motocicleta DT 125 de segunda pero buena, para irnos de paseo al kilómetro dieciocho a disfrutar de una buena agua de panela con queso.

En algún momento fui consciente de lo que estaba pasando entre los dos y temí de lo que pudiera deparar el futuro al respecto, pero el ego me replicó que Vanesa no tenía a donde ir, que ella no era una mujer independiente, que a lo que más le temía era a estar sola y que bien o mal ella conmigo no tenía nada de qué preocuparse, yo estaba proveyendo todo para la casa.

Pero lo temido llegó, un viernes en la noche pedí prestado un casco a un amigo para llevar a Vanessa a una viejoteca en el Parque de la Caña; para mi sorpresa, cuando llegué, la casa parecía no haber sido habitada durante todo el día, mamá normalmente llegaba de trabajar tarde de la noche; y pensé podría haber sido otra de esas tantas veces que se largaba a casa de sus amigas rumberas. La llamé a su celular, pero este timbró en nuestra habitación; un frío me bajó de la cabeza a los pies y tuve el presentimiento que algo extraño estaba

pasando, entonces sigilosamente me asomé en la habitación y allí sobre nuestra cama estaba aquel aparato pisando una hoja de papel cubierta con sus manuscritos.

Con el peso de la incertidumbre que ya se había acrecentado en mi pecho hasta producirme ahogamiento, me acerqué a tomar la hoja de papel; sentí miedo y ansiedad, como si estuviese a punto de enfrentarme a un presagio oscuro o una catástrofe apocalíptica, lo pensé más de dos veces, entonces la tomé con la mano un poco temblorosa.

Cuanto más leía aquellas líneas, más me negaba a entender lo que Vanessa había querido explicarme allí; no era posible que después de sacrificar mi vida por ella y darle todo lo que humildemente yo le ofrecía viniera a salir con que simplemente decidía abandonar el barco en medio de un naufragio, que aunque tal vez se había tornado un poco frío, por los constantes vientos de indiferencia y los comentarios de la gente, aún había un gran océano de posibilidades navegables, aún había esperanza de arribar a algún puerto, que pese a las dificultades e infortunios en nuestra travesía, de vez en cuando veíamos salir el sol en los amaneceres.

Esa noche no tuve fuerzas ni ganas de ir a ninguna parte. Tendido sobre la cama di vueltas de una orilla a la otra sin poder pegar un ojo, la tranquilidad del sueño se había ido con ella, cada hora que pasaba me adentraba más a la incertidumbre de qué estaría haciendo, dónde y con quién, yo presentía que el augurio de mamá y la gente del barrio habían empezado a decodificarse esa

noche y me sentía culpable. Pensé que tal vez leyendo la *Biblia* podía ahuyentar los espíritus que en aquel momento me atormentaban, nunca antes me sentí caer a ese abismo oscuro que habita en nuestro interior, al que el rey David hace referencia en las Sagradas Escrituras; visité a Job y sus ruinas y lo encontré más afortunado por tener al menos amigos que lo juzgaran, a mi lado solo había demonios que venían desde la conciencia del pasado a empujarme hacia el fondo del remordimiento, la soledad y la desesperanza de un daño que posiblemente sería irremediable. Clamé a Dios desde el fondo de mi corazón por socorro y redención, le hice preguntas y reclamos, pero lo sentí sordo y poco interesado en enviar al menos alguno de sus mensajeros y me encontré perdido en el limbo.

El aire que respiraba me pasaba áspero por el pecho, algo se había atravesado en mi garganta y si en algún momento un pabilo de sueño caía sobre mis ojos, sentía mi alma descender a un abismo profundo cubierto de oscuridad, entonces de un golpe abría los ojos mirando hacia la nada del blanco cielorraso de la habitación. Era un dolor agudo, no físico, ineludible, como si a cientos de metros dentro del pecho algo me halara como queriendo ponerme de revés en mi propio cuerpo.

El día siguiente no tuve fuerzas ni ganas de ir a trabajar, y me quedé contemplando la casa invadida del recuerdo de Vanessa, su olor estaba en todas partes, parecía escuchar su voz en el eco de la habitación, todo estaba impregnado de ella y como un loco aferrado a su talega, me abrazaba a esa presencia y recuerdos de Vanesa para no dejarla ir. Una voz desde adentro

parecía gritarme que ese destino ya estaba escrito, que ella había venido para irse, que el amor es justo y que él nos fía, pero que luego nos cobra con creces.

No probé bocado en todo el día y el agua y el café pasaban con dificultad. Vanessa era todo lo que mi mente, cuerpo y alma podían percibir en esa situación y yo necesitaba hacer algo al respecto para recuperarla, y estaba dispuesto a hacer lo que fuera para arrancársela de las manos a quien fuese y traerla de regreso, entonces decidí ir por ella.

Varios meses atrás yo le había comprado una DT 125 a un amigo policía por solo cuatrocientos mil pesos. Entre el parche sabíamos que él hacía sus torcidos de vez en cuando y que no era de extrañarse que en algún momento resultara que esa moto tenía sus enredos; yo con facilidad aprendí las rutas por donde andar para evadir la presencia de los tombos y en tan corto tiempo parecía ser un experto motociclista en las calles del Distrito de Aguablanca.

Por la Avenida Ciudad de Cali me fui como alma que lleva el diablo, una amiga de Vanesa me contó que ella se había ido al barrio el Vergel, con un tal Gonzalo que conoció en el gimnasio que yo mismo le pagaba, para que no se sintiera sola y aburrida en casa, el tipo le había lavado el cerebro, y según ella, él le había prometido mejor vida, porque al parecer el tipo tenía sus negocios y sus vueltas.

Sin razonar aún la magnitud de mi locura, entré al barrio buscando la dirección que la amiga me había enviado en un mensaje de texto, pregunté por la dirección a unos tipos que estaban en una esquina y me dijeron que en esa

dirección vivía Gonzalo, alias El Velludo, y que el tipo no era mucho de confiar, también les dije que buscaba a una chica que se llamaba Vanessa, ellos se sonrieron y me dijeron que ella como que era la nueva carne del man y que avanzara cinco cuadras y luego volteara a la derecha, que a pocas casas encontraría la que buscaba.

Puedo decir de mí mismo que soy un hombre sabio y avisado, pero esa fue la tontería más grande que he cometido en mi vida. Yo tenía decidido llevar a Vanessa de regreso a casa como diera lugar, ella me pertenecía, nosotros teníamos un pacto y ella no se lo iba a tirar así porque sí.

Doblando la esquina, dos tipos me salieron al encuentro diciéndome que les entregara el motor, uno de ellos sacó de su cinturón una pistola hechiza; yo, sin pensarlo y con instinto cobarde aceleré la motocicleta, no pensé que una DT jamás sería más rápida que una bala; entonces sentí el caliente del metal atravesar mi garganta, pero aun así mi coraje e ímpetu no me permitieron detenerme, sentí la sangre correr cuesta abajo por mi pecho y pensé entonces que debía huir y luchar por mi vida.

Manejé cuanto más rápido pude, en busca de un lugar habitado donde tal vez alguien pudiera ayudarme o al menos llamar a la policía. Las fuerzas ya comenzaban a ausentarse de mis manos, y todo se veía ya un poco borroso. “Yo necesito un hospital o un lugar en donde al menos no me dejen morir”, pensé. El

fluido corría rápido y abundante desde el cuello por todo el pecho, hasta los zapatos se sentían inundados.

La motocicleta ya no avanzaba tan rápido, ya no había fuerzas suficientes en mis manos para hacerla avanzar, hasta que me detuve totalmente frente a un supermercado de no sé dónde.

—Ayúdenme, alguien por favor ayúdeme... auxilio, no me dejen morir —grité ya casi sin aliento.

Una señora gorda avanzada en edad, vino corriendo y gritando

—Este señor está herido, se está muriendo, vengan y ayúdenlo, llamen un taxi, la policía, una ambulancia.

Yo, aún consiente pero sin fuerzas, tendido en el piso sentía y escuchaba a la gente que se acercaba y los comentarios de algunos que decían:

—Se está muriendo, está agonizando, es un tiro en el cuello... ese muchacho ya no vive.

Me invadió un frío intenso que me arrojó de nuevo por aquel abismo oscuro y profundo, y vinieron de nuevo los demonios y fantasmas, y recordé al rey David y al paciente Job y volví a creer en Dios y lo llamé una vez más y parecía que me escuchaba, y sentí que se interesaba en mi clamor y que enviaba a uno de los suyos en mi ayuda.

Aún me parece escuchar el eco de esa voz ronca y algo cansada de la negra acuerpada que gritaba:

—No lo dejen morir, súbanlo al taxi... yo voy con él.

La misma voz continuó hablándome una y otra vez:

—Mijo no se duerma, aguante, aguante que usted puede, ya casi llegamos, vamos, vamos...

Ella me daba cachetaditas y me abría los párpados para que no me durmiera. Un sueño agónico había tomado el control de mí y no era siquiera capaz de mover los dedos de pies ni manos, pero aquella voz me animaba a sacar fuerzas para balbucear la misma frase:

—No me dejen morir, por favor, no me dejen morir.

—Se está desangrado —dijo alguien que intentaba ayudarme cuando llegamos a la sala de emergencia del hospital departamental—. Pero está vivo aún.

—Llévenlo rápido a ver qué podemos hacer.

La voz de aquella mujer ya se había ausentado, pero muchas manos me tocaban y manipulaban, cantidad de insumos médicos en mi cuello y el resto de mi cuerpo. Yo por mi parte, trataba de seguir aferrado a la vida, ya no sentía nada, mis ojos permanecían cerrados sin fuerza alguna, no podía mover ni un solo miembro de mi cuerpo, aunque lo intentaba con todas mis fuerzas.

Un aire helado empezó a subirme por los pies y de inmediato supe que me estaba muriendo; dicen que la muerte es fría y yo asumí que algo parecido me estaba poseyendo ya, pero algo batallaba dentro de mí. Aún consciente y decidido a no perder la batalla, quería hablar o gritar que no me dejaran morir, pero los intentos eran inútiles. Yo ya no era dueño de mi cuerpo ni de mis emociones, el

miedo me había invadido mientras aquel helado avanzaba hasta el nivel de la cintura.

Tantas imágenes vinieron a mi mente, mi infancia, cuando jugaba pelota en mitad de la cuadra destapada, todas las pilatunas del colegio, las aventuras de la universidad y los sueños de darle a mamá una vida digna; y volvió a visitarme, ya deleznable y escueta, la imagen de aquella última vez que vi a mi padre y que mi alma aún conservaba las quebraduras de aquel entonces. Todas esas imágenes me hacían sentir miserable y culpable, pero me producían la desesperación necesaria para seguir llamando a Dios y dar mis mayores esfuerzos por conservar mi unión a este mundo, pero quizás nada de eso fue suficiente y ya no hubo más memoria entonces.

—Despierte, despierte, lo logramos, campeón, lo logramos —me susurró el médico parado a un lado de la cama, dándome las cachetaditas que antes aquella mujer me había dado para mantenerme vivo; mi alma volvió a incorporarse, volvió entonces el pensamiento.

Y volvió también el dolor, esta vez en todo el cuerpo, tan intenso y exasperante como nunca antes lo sentí en mi vida, pero irónicamente la sensación más refrescante que pude experimentar, la mejor bienvenida a la vida. “Estoy vivo”, me dije.

Quise moverme y no pude, ninguna parte de mi cuerpo aún respondía, pero podía escuchar mi corazón golpear adentro, ahora apacible y sin aquel vértigo que

lo envolvía hacía un rato, o unas horas o qué sé yo cuanto tiempo había transcurrido desde la última vez que estuve consciente.

Respiré profundo y sentí mis pulmones enviarme la dosis de aire justa para respirar vida, pero no sentí ese frío que se nos adhiere a la nariz cuando respiramos llenando los pulmones hasta el tope; lo intenté una, dos y tres veces, y entonces me di cuenta que algo estaba atado a mi cuello, que el aire se desviaba por un tubo ante la parte superior de la laringe.

La bala había causado grandes estragos en toda la zona del cuello, ahora dependía de una máquina, ¡pero estaba vivo, carajo! Y eso era suficiente para estar tranquilo y no hacer resistencia alguna al dios del somno que una vez más se apoderaba de mi cuerpo.

Volví a despertar y esta vez pude abrir los ojos con más facilidad, las manos y las piernas habían vuelto a ser mías, esta vez ya no había dolor ni nada parecido. Mamá me sostenía la mano y una expresión de sonrisa y llanto había en su rostro.

—Hijo, aquí estás, gracias a Dios —me dijo acariciándome la mejilla.

Habían pasado ya dos semanas desde aquel deletéreo suceso y allí estaba yo, acostado en una cama, conectado a unas máquinas que me ayudaban a respirar y me alimentaban, mirando las cuatro paredes y tratando de recordar dónde y por qué me había sucedido aquello. El back-up de mi memoria continuaba viniendo poco a poco y mientras las fuerzas en mi cuerpo aumentaban con la

cantidad de cosas que me suministraban en bolsas y más bolsas de suero. Películas de situaciones familiares, sociales, amigos e ideas personales iban arribando al lugar donde antes se suponía habían estado.

Como hojas de papel que trae el viento, imagen tras imagen pasaba con gran ímpetu por mi mente; yo jugaba a atrapar lo más que podía de ellas y cuando lograba agarrar alguna, mi cerebro estaba tan débil que se me escapaban antes de poder identificarlas; y esto fue por unos buenos largos días, hasta que las fuerzas poco a poco fueron aumentando.

—Vanessa estuvo hoy en la casa, fue a recoger algunos cuadros y una ropa interior que había dejado en la lavadora, no hablamos mucho porque yo ya estaba de salida para el hospital. Tampoco preguntó nada, ni siquiera por ti, tal vez no sabe lo de tu accidente —dijo mamá metiendo mi ropa sucia en una bolsa plástica.

Tardé un largo rato en encontrar ese nombre entre mis archivos mentales, esa fue la primera vez que la imagen de Vanessa vino a mi memoria desde que todo aquello pasó. Un débil recuerdo vino a mi corazón como si lo hubiese invocado desde un pasado muy lejano; busqué algún lazo que me uniera a ese nombre y encontré su imagen casi borrosa sin luz ni sentimiento, tal cual como se recordaría a esa tímida compañera de la primaria que acostumbraba a sentarse justo detrás y que de vez en cuando por equivocación le tocaba a uno la espalda con la punta del lápiz.

No fue posible encontrar siquiera un solo recuerdo que produjera reacción química alguna en la nueva sangre que ya entonces corría por mis venas. Vanessa inexplicablemente se había marchado de mi vida y no había dejado rastro en siquiera una de mis lagunas mentales, y si en algún momento encontré un ícono en común con ella, fue como esos links de la web que son rotos y que a pesar de las patrañas que uno le haga ya no conduce a ninguna parte, en mi corazón ya no había rencor, rabia, ni amargura, ni nada parecido.

Me contó el médico que me había salvado de puro milagro, porque yo había perdido no recuerdo que tanto por ciento del total de la sangre de mi cuerpo, que probablemente no era mi hora, porque por lo general la gente en esos casos nunca se salva.

Los tres días siguientes, aún encerrado en aquella sala compartida del Hospital, los pasé entregado a la reconstrucción de aquellos acontecimientos y en la posibilidad de encontrar de nuevo, en algún rincón de mi corazón, esa extraña ilusión que aunque dolorosa también fue parte de mi vida y mi experiencia.

Cuando supe que me habían dado de alta, pensé en que por fin tendría un escenario real para traer ese sentimiento de regreso. Fue como si por primera vez entraba al lugar de mis sueños. Sin que mamá lo notara, busqué con la mirada todas las paredes, mesas y escaparates mientras lentamente ella me ayudaba a llegar a mi habitación, pero no vi nada que me dijera algo.

Allí estaba mi habitación, el celular de Vanessa pisando la carta sobre la cama, algunas fotos que ella había traído de regreso y la biblia que aquella noche leí en busca de respuestas.

Tomé el escrito como la primera vez y una enorme ventana se iba abriendo mientras atravesaba sus líneas, por fin entraba una luz que me ayudaba a encontrar y atar un sin número de cabitos que daban vueltas en mi cabeza y me fue revelada la verdad de todos los acontecimientos y me sentí miserable por lo que de mi ella se quejaba, súbitamente pronuncié su inocencia, su libertad, su derecho de ser feliz y hasta admire su valentía y me declaré culpable.

Por última vez hice un tímido intento de redimir aquel sentimiento, pero fue inútil, ya no había nada.

## El locutor

Trabajaba en una emisora. Presentaba un programa de seis a once de la mañana. No recuerdo el nombre del espacio pero sí que tenía que ver con infidelidades. La gente llamaba, en su mayoría mujeres, y contaba cosas. Gente despechada, traicionada o traicionera. Algunos mentían, se les notaba. Otros lloraban y algunos se reían. En una ocasión, un jueves (recuerdo el día pero no la fecha), llamó una mujer desesperada. Al inicio pensé que estaba tomándome del pelo, y a medida que sus llamadas se fueron haciendo más constantes me di cuenta de que hablaba en serio.

“Buenos días”, dije.

“Buenos días”, respondió la mujer.

Tenía una voz hermosa, tengo que admitirlo. También tengo que decir que parecía estar tapando su boca con algo (en este medio se aprende a reconocer ese tipo de trucos), y eso la hacía sonar un poco ronca.

“Dinos tu nombre”, pedí.

“Daniela Tróchez”, mintió.

Era normal que mintieran con lo del nombre. Yo, si hubiese sido mi caso, también lo hubiese hecho. Nadie quiere ponerse en evidencia.

“Cuéntanos tu historia, Dani”, seguí, intentando ser un poco amigable para que ella entrara en confianza. Siempre se hace.

“Cómo te dijera... es que tengo mi esposo, ¿cierto?, y tenemos problemas. Usted entiende, esas cosas que dicen que son normales en las parejas”.

“Y ¿qué pasa con tu esposo?”.

“Es que... yo le soy infiel. Pero es que él no me presta atención. Mira, hace días no me saca y llega todo tomado y eso”.

“Cuéntale”, dije, intentando ayudarle un poco. “Eso sería lo correcto en ese caso. ¿No crees?”.

“No. Lo que pasa es que tenemos un hijo, y yo no quiero que él crezca sin padre. ¿Me entiendes? A mí me gusta estar con el otro y todo, pero yo amo a mi esposo...”.

Se escuchó un ruido al fondo, como si alguien hubiera tocado la puerta, y colgó.

El programa continuó su curso normal ese día, y esperaba a que volviera a aparecer la llamada de Daniela, pero no sucedió. Al día siguiente, casi que a la misma hora, volvió a llamar.

“Aló. Con quién tenemos el gusto”, respondí.

“Hola, Paulo, con Daniela. ¿Te acuerdas de mí? Yo llamé ayer pero tuve que colgar”, dijo y después ofreció una disculpa.

“¿Cómo va tu problema?”.

“Realmente no sé qué hacer, Paulo. Estoy muy confundida. Es que si no fuera por el niño yo se lo diría y me iría, pero yo no sé hacer nada, ¿me entiende? Yo nunca he tenido que trabajar y sé que César...”.

“César es tu esposo”.

“No. César es mi amante. Es que yo siento que él sólo me tiene por sexo. ¿Me entiende?”.

“Y si tú crees eso ¿qué haces con él?”, pregunté.

“Eso es lo que yo no sé”, respondió.

En ese instante dijo que tenía que colgar. Prometió volver a llamar el día siguiente, pero los sábados no se emitía el programa y había que esperar hasta el lunes. No llamó. Debo decir que en ese punto la historia de aquella mujer me tenía sorprendido. Y a quién no. Una mujer que traiciona a su marido porque no le presta atención, que no se atreve a decírselo porque la abandona y tienen un hijo, que dice que ama a su marido a pesar de todo y que, además, sabe que su amante sólo está con ella por placer. Una novela completa.

El miércoles apareció de nuevo.

Su marido casi la sorprende.

Yo tuve que salir temprano ese día.

Estuvo con su amante en la cama matrimonial.

“Eso no se hace”, opinaban otros oyentes. “Donde sea, menos en la cama en la cual duerme con el esposo”.

“Y qué pasó”, pregunté.

“Va a sonar a película, pero me hice la que aún estaba durmiendo y él se escondió debajo de la cama. Estuvo una hora allí. Una hora. ¿Te imaginas lo que es eso?”, respondió.

A esa altura de las cosas ya iba mostrándose descarada. Menos mal en la radio uno sólo puede hacer preguntas y esperar a que los oyentes respondan. De vez en cuando se puede dar un consejo, pero sólo eso. Si hubiera podido, la trato mal de una buena vez.

Esa mañana fui yo quien tuvo que cortar la conversación ya que el director del programa me indicó que era hora de comerciales. Después me dijo que había más oyentes queriendo comunicarse y que limitara el tiempo.

El viernes amanecí enfermo y el programa lo presentó el director. Al parecer el alcohol ya empezaba a hacer de las suyas en mi cuerpo. Llamé para disculparme y los oyentes se mostraron muy solidarios mandándome saludos de recuperación y todo eso. Lindo gesto. Puse el programa esperando la llamada de Daniela; sin embargo, no llamó.

El lunes siguiente tuve que hacerme unos exámenes de laboratorio. No pude ir a la emisora pero escuché atentamente el programa. Los mismos saludos. Linda la gente. No sé por qué quieren un locutor, menos por qué algunas mujeres se enamoran de él. Daniela tampoco llamó ese día.

El martes regresé. A decir verdad me hacía falta mi trabajo, pero lo que más extrañaba era la llamada de ella. Y llamó. Me contó que estaba intentando terminar la relación con su amante y arreglar las cosas con su marido.

“¿Y es lo mejor?”, pregunté.

“No sé”, dijo, “pero lo voy a hacer”.

Colgó.

Al día siguiente no llamó.

Dos días después apareció, pero yo ya no estaba en la emisora. Había pedido permiso para ausentarme por mareos y ganas de vomitar. Me dirigía a casa e iba oyendo el programa en el carro. Ella habló, entonces, con el director.

“¿Cómo va todo, Daniela?”, preguntó él.

“Bien”, respondió.

En ese instante bajé del auto con el vómito en la boca. Apenas si tuve tiempo de llegar al baño. Fui al cuarto a buscar a Teresa, mi esposa, y hablaba por teléfono. Tenía un pañuelo en su boca y su voz se escuchaba en la emisora, hermosa pero un poco ronca, en mi programa, diciendo que por fin había logrado dejar a su amante, que se iba a dedicar a su marido.

## Desapariciones

—Él lo pidió —dijo Rosa y se alejó del ataúd.

Caía una lluvia despiadada. De los árboles las hojas se desprendían, secas o verdes, de la misma forma como caían las lágrimas de los ojos de doña Carmen. Muchas mujeres lo amaron. Pocas lo alcanzaron. Algunas lograron la hazaña de meterse con él bajo las cobijas. Otras sólo lograron un beso, un desprecio, un silencio, un abrazo. Únicamente una logró su amor: Milena. Y justamente fue ella quien no estuvo en su despedida, en ese adiós escandaloso que preparamos los humanos para nuestros muertos, en esa especie de algarabía triste que se forma cuando pretendemos reunir porqués con lágrimas y gritos y desmayos.

—Estoy segura que eso fue lo que exigió. Porque yo hablé con él hace unos días y estaba tan seguro de su muerte como de nada en la vida —repuso Rosa después de regresar al lado de Alonso.

—¿Y doña Carmen lo sabe? —preguntó Alonso.

—No —contestó. Miró a lado y lado. Se acercó a Rosa y concretó—: Lo sabrá cuando ya no haya vuelta atrás.

*...Yo no te hice un monumento, pues yo no tengo riqueza, pero te brindo mi sentimiento que es del pobre la grandeza...*

Rosa estaba inconsolable. Intentaba seguir, en medio de su desespero, la letra de una canción que se perdía en la noche. Más que un canto parecían aullidos, o quejidos como de animal herido. De un momento a otro un hombre de barba insulsa apareció afuera de la funeraria. Se anunció con un disparo al aire, lanzó un grito lastimero, que llenó la sala de olor a alcohol y abrió una caneca de aguardiente que llevaba en uno de los bolsillos de su chaqueta. Arrojó un trago sobre el ataúd y tiró otro al suelo.

—Para las ánimas —intentó decir.

La figura del hombre era realmente deleznable. Una cicatriz adornaba el lado derecho de su cara e iba del ojo a la boca. Utilizaba unos lentes oscuros con los cuales intentaba ocultar unas ojeras que le llegaban a las mejillas, ojeras de trasnocho, de alcohol y de noches de cantina, de música popular, de Julio Jaramillo y Óscar Agudelo. En su boca, una pieza dorada hacía las veces de canino, y bocanadas de humo salían junto con sus gritos.

*...Es que te andan buscando unos tipos que cuando niños sus mamás no los querían y ahora de adultos viven repartiendo bofeta's...*

—¿Y ese quién es? —preguntó doña Carmen recostada en el hombro de Julián, su otro hijo.

—No lo sé, mamá —respondió el muchacho. Le levantó el rostro y la tomó de la mano—. Y su cara me dice que es mejor no saberlo. Vamos y te tomás una aromática mientras pasa un poco todo este espectáculo.

Arriba, en la cafetería, muchos rostros reflejaban la tristeza de la pérdida, de no poder ver más a alguien que hizo parte de sus vidas, de ese excesivo egoísmo que nos invade cuando no queremos aceptar el descanso de nuestros cadáveres, de esos cuerpos que ya no están de pie porque prefirieron la tierra más temprano de lo establecido. Porque la vida tiene un orden, y cuando ese orden es alterado no queda más que la resignación. Y el horror que la realidad esculpe en la cara.

En un rincón, una mujer con algunos meses de embarazo se quejaba en el hombro de un adolescente. El joven parecía retener un llanto de días y su mirada quedaba fija en la nada, en el inicio de todo, en el pasado.

*...Como un rayo le entró la navaja buscando dentro de su cuerpo el alma, el ladrón sintió la luna quemándole la entraña...*

Ninguna lo amó más que yo, sin embargo él seguía con sus juergas y sus mujeres y sus muertos y sus drogas. Yo, señora, que estaba dispuesta a dejar todo atrás sólo con un guiño de sus ojos. Yo, que jamás di el brazo a torcer cuando llegaba a la casa huyendo y pidiendo que lo negara pero ya no podía negarlo más y entonces teníamos que irnos. Parecíamos gitanos, doña, de aquí para allá; de allá para acá. Pagando escondederos, muchas veces durmiendo en

sitios de mala muerte; tener que salir espantados en la madrugada porque cualquier ruido nos hacía despertar y pensábamos que ya nos tenían emboscados. Yo, señora, que lo seguí a donde quiso ir, o a donde tuvo que ir, porque sus viajes eran obligados, y mi amor y mi lealtad me impedían dar la espalda. Yo, que todos los días muero un poco y me revuelco en pesadillas sintiéndome de nuevo atrapada. Despertándome en mitad de la noche sudando, creyendo que todavía lo tengo a mi lado y protegerlo para que no me lo maten. Eso tortura, doña, tortura porque él ya no está y yo estoy sola; como usted no se lo imagina, señora.

*...Estrellita, qué linda eres; Estrellita, quién te pudiera alcanzar...*

—A usted yo no la conozco.

—Nadie me conoce, señora. Sólo yo sé quién soy.

—¿Por qué llora?

—Digamos que.. por rabia, por dolor.

—¿Lo conoció?

—¿A quién?

—A mi hijo. A Toño.

—Ah, usted es doña Carmen. Sí. Lo conocí.

—¿Y por qué a usted yo no la conozco? No me diga que es otro de esos amores que acostumbraba tener por ahí. Porque déjeme decirle algo, niña, a todas las conocí y con todas discutí, pero usted... de usted no me acuerdo.

—Es mejor así, señora; si no me conoció antes no lo va a hacer ahora. Imagino que así lo quería Antonio. Imagino. Simplemente vine a traer estas flores.

—¿Lo hace cada ocho días?

—Cada que puedo, doña, cada que puedo.

*...En los entierros de mi pobre gente pobre cuando se llora es que se siente de verdad...*

—¿Doña Carmen nunca lo supo? —preguntó Rosa después de terminar un Rosario. Puso las flores en la tierra y miró amargamente una bandada de golondrinas que partió el cielo. Lloró. Abrazó a Alonso y agregó—: ¿Nunca nadie lo supo?

—Nunca —respondió y se sentó. Cruzó las piernas. Recogió un pedazo de césped y lo llevó a la boca. Rosa lo abrazó por la cintura. Él acarició sus manos.

Caminaron largo rato por el cementerio. Aprovecharon para visitar la tumba de la madre de Rosa. Ella limpió la lápida y empezó un diálogo que se tornó extraño para Alonso. Este se retiró y la observó desde lejos. Rosa se secó el rostro con las manos y abordó a Alonso. Hablaron un poco y llegado el momento de marcharse acordaron lo que iban a hacer.

—¿Se lo vamos a contar?

—Es mejor que no —contestó Alonso. Apretó el hombro de Rosa y continuó—: Si Toño decidió eso lo vamos a respetar, como si hubiese sido su última voluntad. Me parece que lo mejor es que nadie lo sepa, y que de ahora en adelante los dos olvidemos el pasado, al menos eso.

—Tenés razón —dijo Rosa, besó la mejilla de Alonso y empezó a caminar.

*...Pero dónde están mis amistades dónde están mis amigos ahora que soy pobre...*

el hombre de la cicatriz cayó vencido por el cansancio, o por la borrachera. Nadie lo conocía pero todos lo despreciaron. Sólo por esa noche porque nunca lo vieron de nuevo. Llegado el amanecer despertó y se halló solo. Tomó la botella que tenía a su lado y se paró al lado del féretro. Inició un discurso bastante enredado, incoherente —el alcohol aún dominaba su lengua— y lloró. Cuando quiso retirarse, doña Carmen, con el trasnocho y el dolor en sus ojos, lo llamó.

—¿Yo?

—Sí, usted.

—Dígame —dijo el hombre mientras intentaba acomodarse la camisa. Agregó—: ¿En qué puedo servirle?

—¿Quién es? ¿Conoció a mi hijo?

—No, señora.

—¿Y qué hace aquí?

—Nada. Simplemente comprobando que las cosas estén en orden. Pero no se preocupe, ya me voy.

*...Te robaste una plata y saliste mal librado y ahora con sangre te van a cobrar...*

Yo, señora, fui feliz a su lado. Y sé que él también. No importó nada, y aunque sabía que todo lo que hizo lo hizo por mí, al menos eso dijo y yo le creí, nunca estuve de acuerdo con nada. Perdóneme, señora, por venir a aparecer a esta hora pero nunca supe lo de su muerte. No es que yo no haya querido venir, no. lo que sucede, y lo entiendo, es que sus amigotes nunca me quisieron. Para ellos yo era un estorbo porque cuando Antonio estaba conmigo prácticamente ellos dejaban de existir, y eso les dolía, les dolía que una mujer les haya robado su , les dolía el amor de Toño en mí, les dolían sus amigas porque todas lo tuvieron pero a ninguna amó. Sólo a mí, señora; yo sé lo que le estoy diciendo porque él me lo dijo y yo le creía, sólo a mí me amó. Y perdóneme, doña, con todo el respeto que usted parece merecer le voy a confesar algo: estoy esperando un bebé. Un hijo de Toño. Y le pido por favor que no se preocupe, si ha de hacerlo, porque yo no les voy a pedir nada. Sólo quiero que entienda que hubo una mujer a la cual su hijo amó y en la cual se quedó. Yo voy a estar lejos, muy lejos, y perdone si le molesta lo escrito.

*...Qué inspirado el creador cuando hizo a la mujer, ay, qué bueno que le encargó que se dejara querer...*

## Huida

—Se acabó el camino, hermano —sentenció Leoncio.

—Sí, ya lo noté —farfulló Eleázar.

—Además, ya no puedo ni con el alma.

—¿Con el alma o con lo que llevás dentro de ella? Eso sí que debe ser pesado.

Hacía calor. Veintiocho o treinta grados debajo de los árboles. Llevaban cinco minutos corriendo y por vez primera se detenían. Leoncio jadeaba. Se secó el sudor con la camiseta y se la quitó. La amarró en su cintura. Era delgado y alto, de movimientos torpes. Eleázar se hincó. Escupió. Miró soslayadamente a su hermano, se puso en pie y caminó en círculos. Leoncio lo detuvo con un grito.

—¿Y ahora qué?

—No sé —respondió.

—Devolvámonos —propuso Leoncio.

—Ya no podemos.

—¿Por qué?

—Nos matan —aseguró Eleázar.

La tarde moría poco a poco. Arriba, en medio de eucaliptos y guamos, se alcanzaba a observar el cielo tornándose anaranjado. Una bandada de patos graznó y voló lejos. Al lado derecho de donde estaban se descolgaba la montaña,

una falda cubierta de matorrales que poseía alrededor de un kilómetro. Si se echaban a rodar por allí no llegarían ilesos a su destino, quizá ni siquiera llegarían vivos. De tener suerte, caerían en otro matorral, más denso y peligroso que donde se encontraban.

Leoncio lo pensó. Escupió lejos y se pasó la mano por la cabeza llena de sudor. Las secó en el pantalón. Pateó un grumo de mierda seca de caballo.

—Y por qué, si nosotros no hicimos nada —dijo.

—Ya sé que no hicimos nada pero nos echaron la culpa —gritó Eleázar. Manoteó—, y genialmente lo primero que se nos ocurrió fue salir corriendo.

—Les decimos que fue por miedo.

—Bah.

—Nos creerán —aseguró Leoncio. Arrancó una rama de un arbusto y se llevó un pedazo a la boca—. O a quién no le da miedo morir.

—¡Por miedo! Vaya disculpa. A ellos eso no les importa. Además el miedo no socorre a nadie.

—¿Y entonces?

—No sé; déjeme pensar —pidió Eleázar.

Estaba más excitado que Leoncio. Pensó un buen rato. Examinó en su cabeza las posibilidades que creía tener y no halló una salida favorable. Leoncio lo interrumpió.

—¿Sí escucha? —preguntó.

—¿Qué?

—Pues perros, hermano. Vienen con perros. ¿Sí oye? También traen las sirenas encendidas.

—Deje el miedo que así no llegamos a ninguna parte —sentenció Eleázar.

—No es miedo —repuso Leoncio.

—¡Ah, no! Entonces eso cómo se llama.

—Yo estoy tranquilo.

—¡Tranquilo! Qué tranquilo va a estar si usted siempre ha sido un cobarde. Desde pequeño. ¿O no? —preguntó.

—Puede ser, pero he podido vivir más relajado que usted —aseguró Leoncio y empujó a su hermano con los dedos. Este trastabilló y se apoyó en un arbusto. Se pinchó con algo y de su mano salió un pequeño punto de sangre. Lo miró. Quiso golpearlo, acabarlo a patadas de una vez por todas pero se contuvo. Aún existía en él, a pesar de todo, un amor fraternal que no le permitía agredirlo. Así fue criado y así creció. Leoncio sudaba como nunca. Acezaba, respiraba como respira un perro cuando ha soportado varias horas de camino sin recibir un mililitro de agua. Volteó a mirar a Eleázar.

—Sí, más relajado. Valiente gracia —dijo—. ¿Y eso para qué sirve, dígame? Yo siempre he hecho lo que se me ha antojado.

—Y por eso era que mamá lo castigaba tanto —recordó Leoncio.

—Así no lo hubiese hecho igual los castigos hubieran sido los mismos. Ella nunca me quiso. Todo su amor lo gastó en usted —aseguró Eleázar.

Quiso escupir pero no pudo. La boca estaba seca. Se agachó, tomó una piedra pequeña y la introdujo debajo de la lengua. El calor amenazaba con menguar. Su respiración se aceleraba y el corazón parecía salirse por las orejas, por la nariz, por todos los orificios de su cuerpo. Al fondo se escuchó un aullido, como el de un lobo. Los perros continuaron ladrando. Se oían más cerca.

—No diga pendejadas, hermano.

—Es la verdad.

—Oiga, están más cerca. ¿Qué hacemos? Piense rápido que a mí ya se me están ocurriendo pendejadas.

—A usted no se le puede pedir más —dijo Eleázar.

Desde niños, Eleázar fue más sensato e inteligente que su hermano, más recursivo. Leoncio, en cambio, fue impulsivo y solía meterse en líos, problemas que su mamá le tapaba y de paso le ayudaba a solucionar. Fue uno de esos muchachos sobreprotegidos y rebeldes que vivía creyendo que el mundo estaba a sus órdenes, que las mujeres eran una especie de objeto, todas, y él podría hacerse a un harén.

—¿Cómo así? —protestó.

—No me haga caso. ¿Tiene el revólver ahí?

—¿Por qué?

—¿Lo tiene o no? —insistió Eleázar.

—Sí —titubeó Leoncio.

—¿Con cuántos tiros?

—Cinco —dijo y se llevó la mano a la cintura. Extrajo un revólver Smith & wesson. Revisó el tambor. Después preguntó—: ¿Y usted qué hizo el suyo?

—No pregunte bobadas —respondió Eleázar—. Mejor pásemelo.

—¿Qué? —gritó Leoncio.

—Hasta sordo lo está volviendo el miedo, pues que me pase el arma.

—Usted está miando fuera del tiesto. Está mejor en mis manos —objetó Leoncio y guardó nuevamente el arma. Sintió comezón en su espalda y se puso la camiseta. Continuaba empapado en sudor. Miró hacia todos lados. Parecía pensar. Juntó las manos, las arrimó a la boca y respiró. Tenía el aliento un poco rancio.

—Haga lo que se le dé la gana. Igual ya nos agarraron —dijo Eleázar.

—Todavía no —aseguró—. Ellos aún se demoran un poco para llegar aquí. Nos quedan todavía como veinte minutos.

—Ahora o dentro de un rato es lo mismo. Ellos nos van a agarrar y usted ya sabe lo que va a suceder después.

—Todavía nos queda una salida, no se preocupe.

—Déjese de cuentos —gritó. Recordó que cualquier ruido podía delatarlos y agregó bajando el tono—: Usted sabe que estamos jodidos.

—¿Tiene miedo? —preguntó Leoncio.

—¿Miedo yo? ¿Qué le pasa?

—Nada. Que usted tiene miedo y es la primera vez que lo veo asustado. Mire como suda. Ni siquiera cuando papá lo amenazaba con pegarle se ponía así.

Su padre: un hombre rudo y despiadado que los castigaba con lo primero que encontraba a mano. Nunca tuvo piedad, sobre todo con Eleázar, pero este tampoco sufrió de miedos. A pesar de ser el más calmado y parecer un flojo delante de todo el mundo, era valiente, no se acobardaba. Eso sí, a los sismos y las arañas los respetaba como a Dios; los primeros lo hacían desesperar, y las segundas prefería no encontrárselas. En cuanto a lo de su padre, siempre pensó que era sólo apariencia, un cobarde, que algún día iba a desquitarse, pero la vida no se lo permitió, y las veces que osó pegarle, Eleázar lo soportó de pie. Las piernas le temblaban, sí, pero nunca se derrumbó.

—Bueno, sí, ¿y qué? Eso ahora no soluciona nada.

—El que nada debe, nada teme, decía mamá cuando nos preguntaba algo —recordó Leoncio.

—Deje de acordarse de los muertos y diga de una vez qué carajos es lo que queda por hacer.

—Dios es el único que nos puede juzgar y nosotros no debemos nada, ¿cierto? —preguntó Leoncio.

—Hablé rápido, mijo, que esos manes ya están encima.

Los grillos comenzaban sus cánticos. La luz del día se había extinguido y un poco de viento había llegado del norte, haciendo que el calor mermara. Pero a cambio los mosquitos empezaron a reinar. Tenían que frotarse los brazos constantemente para espantarlos, aunque Leoncio ya contaba con una cantidad considerable de ronchas en su rostro.

Estaban cercados, casi que descubiertos, eso lo sabían. Sentían el olfateo de los caninos más cerca. También sus jadeos, sus pisadas. Eran perros grandes, cuatro rodwailer entrenados como carniceros. Y ellos un bocado, a lo sumo dos, nada despreciables para cuatro animales bastante hambrientos. Luces de linternas se cruzaban por entre los árboles. Tres luciérnagas los bordearon. Leoncio manoteó una. Eleázar lo miró. Leoncio se acercó.

—Si nos agarran nos matan, ¿sí o no? —dijo.

—Sí.

—Entonces aquí lo importante es no dejar que eso pase —aseguró Leoncio y sacó el revólver. Lo sostuvo en su mano derecha. Estaba nervioso. Los ojos le ardían. La oscuridad sólo le permitía reconocer el bulto que formaba el cuerpo de su hermano.

—¿A qué se refiere? ¿Qué va a hacer? No vaya a cometer una estupidez. Baje el arma, viejo —suplicó Eleázar.

—No hable de estupideces que usted ha cometido las más grandes del mundo.

—Guarde ese revólver. Camine adentrémonos por este matorral a ver si encontramos alguna salida —propuso.

—¡No! Usted me metió en este problema y ahora yo busco la solución.

Oyeron los ladridos de nuevo, el rumor de las hojas despertadas por el viento. En la cabeza de Leoncio cayó una y la masticó. Era amarga. Escupió, o intentó hacerlo.

—Relájese, hermano.

—Ya le dije que no. De nada sirve relajarse ahora. Mejor respóndame una pregunta —dijo Leoncio.

—Ahora qué se le ocurrió al niño genio —susurró Eleázar haciendo una mueca—. Pregunte, pues.

—Usted se acuerda que cuando éramos pelaos, y mamá o papá lo castigaban yo me autocastigaba también. O en el colegio hacía lo mismo. Acuérdesese cuando se robó las preguntas de la prueba de matemática...

Escucharon de nuevo el aullido. Leoncio lo asoció con un lobo. Eleázar aseguró no haber oído nada. Los perro más cercanos. La locura. Leoncio ya había decidido.

—Deje de hablar ya —ordenó Eleázar. Se golpeó una mejilla intentando matar un zancudo—. Yo me acuerdo de todo eso pero ahora no tiene importancia.

—Sí la tiene —refutó Leoncio—, y la tiene porque siempre quise que las cosas, buenas o malas, fueran iguales para los dos...

Él siempre fue más ecuánime, más justo. Cuando veía que en su casa no había equidad en los premios, los castigos, en la comida o en lo que fuera, intentaba repararlo. A su modo, pero lo intentaba. Lo recordó en ese instante, porque ese era el momento preciso, el más justo de cuantos habían vivido juntos.

—...y eso no ha cambiado en nada —continuó—. Sólo permíteme, es lo único que le pido.

—No lo vaya a hacer. No, no... —suplicó Eleázar.

Ya era tarde. Un disparo, dos. Los perros estaban encima. Tres disparos. Los hombres desamarraron los caninos y corrieron. Voces en los oídos. Insultos dando vueltas en la cabeza. Una luz lívida llegó a sus ojos. Levantó el arma y miró con tranquilidad el cuerpo de su hermano, su cara manchada, sus manos suaves. Le cerró los ojos.

—Relájese, hermano, eran ellos o nosotros y yo no quiero darles ese gusto  
—alcanzó a decir antes de ser carne para los perros.

## Yolanda

Federico tenía claro que ese sería el acabose. Pero finalmente tomó la decisión y no había marcha atrás. Confesarle que hacía un buen tiempo la había dejado de querer y no más. Decirle que absolutamente todos los sentimientos que ella le despertaba habían desaparecido y ya. Que había encontrado otra mujer y... disculparse. “¿De qué? Al fin y al cabo uno no sabe de quién se va a enamorar”, pensó. “Lo siento, hay cosas que no funcionan. Hay vacíos, yo no quería esto, uno no manda en el corazón, el tiempo pasa, la felicidad, no morir solo, sería muy triste, uno necesita a alguien. Sonaría ridículo, a melodrama mexicano”. ¿Era eso lo que realmente quería decir? Existían dudas difíciles de despejar. Pero dedicar toda su vida a algo que ya no existía era atarse a mil cadenas, condenarse. ¿Llorar? Sólo si siente la necesidad. Sin fingir, dejarse llevar por sus sentimientos. De otra forma no lo creería. O quizá una carta sería el medio más fácil para pronunciar palabras que nunca iba a dejar salir de su boca. Daba igual, de cualquier forma ella le entregó su vida y el dolor no cambiaría. Lo mejor sería calmarse, pensar sin mentiras. Sólo hablar, como siempre lo hizo. Ella debe entender, tiene que entender.

Salió de su casa decidido a hablar con ella. Encendió la moto y a gran velocidad ganó la avenida principal. Buscó un sitio para tomarse una cerveza. ¿Ayudaría? En ocasiones se necesita un empujón, un aliciente, y un poco de

alcohol en su cuerpo sería preciso para dejar de lado las inhibiciones. Aceleró a fondo. Uno, dos, tres semáforos en rojo. Hubiese podido ganarse una buena multa de tránsito o algunos meses en la cárcel. No le importaba. ¡Flores! Unos cuantos claveles, o quizá astromelias. A ella le gustaban. Mejor no. Podría llevarle en las fechas especiales, nadie se lo prohibiría. Ocupó seis años de su vida. Lo otro sería ingratitud. Pero la ingratitud se le antojaba parecida al pesar, y con las mujeres hay palabras que uno debe atreverse a pronunciar. Gracias es una de ellas. Siempre preguntan por qué y uno sólo tiene dos cosas para responder: “no sé” o “por todo”. Lo primero es inexplicable y lo segundo suena a favores recibidos, como cuando compras un refresco o te arreglan los daños en el lavaplatos.

Sintonizó una emisora en su celular y se puso los auriculares. Eso lo distraería. *Amor, se pareció tanto a ti, que de nombre llevaba por igual, y la misma prisa, cuando solía caminar...* Yolanda. Hasta ese momento no se había detenido a reparar en el nombre. “Es hermoso, así es el título de una canción”, pensó. Y las dos se llamaban de igual forma. ¿Casualidad? No existen. No cree en eso. Es otra, diferente. Quiere creerlo. Si se deja llevar por las casualidades, comenzaría a imaginar que la historia se repite, que el tiempo es circular, y eso equivaldría a pensar que su destino está marcado por esa suerte, que su vida ya está decidida, que alguien, que no sabe quién es, lo decidió. No. Es dueño de su destino, él lo transforma a su antojo. Pero hay hombres que nacieron para fracasar, y hasta ese instante sus triunfos eran pocos. Lo hacen constantemente. ¿Lo deciden? A nadie le gusta el fracaso. Ella lo escuchará.

## II

Yolanda. Aquí estamos, o aquí estoy. Tú ya no. Quise traerte flores, o música, no sé, algo para ofrendarte. Siempre quise ser detallista contigo, tú lo sabes. Hoy he venido a hablar contigo, en serio. Perdona mi desespero, pero es que esto no es fácil. Hablarte de esto no es sencillo, pero mentirte sería peor. Tengo que decirlo. No es un juego, nunca lo fuiste, porque sabes perfectamente que te respeté hasta el último segundo. Siempre he querido que tengas claro eso. Sólo he traído estos dos girasoles y veo con sorpresa que los de la semana pasada aún están intactos. Aunque contigo eso no es extraño, sabes cuidarlas muy bien. Voy a hablar y luego sacás las conclusiones. ¿Te parece? Mira: yo no quería que sucediera, no busqué que esto pasara, de verdad. Sólo llegó y ya. Como cuando se sale de casa abrigado bajo una lluvia despiadada y de un momento a otro el sol aparece y calienta hasta quemar. Ese sol tenía que salir. Y desde que la vi me gustó mucho. El corazón es una víscera difícil de controlar, es necio y resabiado. Debe ser el destino, juega con uno y así como premia, también castiga. El universo es una balanza. Quizá te extrañe que hable de esta forma, pero es que ya no sé en qué otra cosa creer. Qué más da. Y jamás debí prometerte nada porque sabía que algo así podría suceder. Pero tú eres muy insistente. Ahora mismo siento pena. Ahora mismo estoy triste y te quiero, como dice el poema aquel. ¿Lo recuerdas? “Pienso a veces en Dios, bueno, no tantas veces, además está lejos, vos estás a mi lado. Ahora mismo estoy triste, estoy triste y te quiero”. Cómo te gustaba. Lo escribí en la primera carta que te regalé y

te aseguré que era invención mía. Ya hubiese querido yo haber inventado algo así de hermoso para ti. Nunca, aunque lo busqué mil veces, pude encontrar algo más exacto para escribirte.

Quisiera llorar, pero no puedo, Yolanda. Mis lágrimas están congeladas en los recuerdos. Además, si lo hiciera, tú harías lo mismo y eso me martiriza el alma. Así mismo como te dolía a ti cuando me veías triste. Hoy no quiero hacer preguntas, ya no hay tiempo para ello. Imagino que tú tampoco quieres hacerlas. Están flores las compré en la entrada. Imposible mentirte ahora, para qué. Si no lo hice antes, por qué entonces hacerlo ahora. Todo el tiempo intenté ser honesto contigo. Y lo logré. Eso me causa cierto estado de tranquilidad. También se llama Yolanda y tiene tu misma edad. No sé si sea una especie de mal indicio, pero me arriesgo. No tiene sentido ponerme a luchar inútilmente contra el destino. Sí, ahora sí estoy creyendo en el destino. Sé que te sorprende, pero los años causan estragos. Estos largos años que han pasado sin ti. Sería absurdo negarme a sentir nuevamente. Tuve miedo de haber perdido la capacidad de querer, pero mira, ha pasado de nuevo. Que me lleve, que la vida me lleve y si romper la promesa que te hice conduce al fracaso, lo tomaré como... tú entiendes, siempre me entiendes, esa fue tu gran virtud. Graci... Uno hace cosas bien, otras mal, y no sé si esto está bien o mal. Ah, por primera vez no sé cómo decirte algo. Lo siento. Parece ser una buena mujer. Eso creo. Y está aprendiendo a quererme, a entenderme. Sabe de ti y no se siente mal por ello. No tiene por qué. Es como tú: no está acostumbrada a decir lo que siente, es un tanto fría, pero linda. Es curioso, ahora que lo digo

pienso que siempre me ha sucedido lo mismo: las mujeres que han estado a mi lado, han aprendido a expresar lo que sienten conmigo, porque han sentido esa necesidad, porque he tenido la suficiente paciencia para esperar. Es buena. Espero estés bien. ¿Sabes?, tengo pensado sembrar rosas alrededor de tu sepulcro, de esa forma no te harán falta las flores. No te preocupes, eso no significa que no volveré. Nunca dejaré de hacerlo. El niño está en su casa, con ella, le ha tomado afecto y ella también lo quiere mucho.

## **Los ojos más lindos del mundo**

Lo despertaron a las siete de la mañana. Su madre tenía la costumbre de hacerle cosquillas en los pies para hacer que se levantara. “Un día de estos vas a lograr que lo maté una rabieta”, sentenciaba la abuela con disgusto cuando presenciaba la escena. “Si al niño le incomodan las cosquillas, pues no se las hagas”. Abrió los ojos mirando de mala gana a su madre. Se sacó las legañas y hurgó en su nariz. Pegó algunos mocos en la pared y otros, los que le parecieron provocativos, los llevó a su boca. Primero los saboreaba y luego los escupía. En ocasiones lo hacía cuando todos estaban sentados en la mesa, en medio del almuerzo o la cena. Fue al patio y levantó un gallo colorado que tenía por mascota. Lo apretó, le dio los buenos días y se sentó en el suelo para acariciarlo. Su padre le había puesto por nombre “Drogo”; lo bautizó así porque doña Flor, su esposa, tenía sembradas en el patio algunos arbustos de coca, que a veces utilizaba como medicina, y el animal se enseñó a comer las pepas, sobre todo las rojas, y parecía drogado. Días después lo mató Dante, el perro, porque no soportó más los ataques clandestinos del animal y quizá ya estaba cansado de tanto picotazo. Se levantó, tiró el gallo al aire y se enjuagó la cara y la boca. Tomó el chocolate, servido por su madre, sin haberse cepillado los dientes. Tenía claro que eso a ella le enfadaba, pero no le importaba porque precisamente la meta que se había propuesto al inicio de la mañana era fastidiar y hacerla rabiar. Regañado,

fue a bañarse y cuando regresó a la habitación encontró la cama tendida. Encima estaba la ropa planchada y en el suelo los zapatos negros, tan brillantes que de haber querido se habría peinado mirándose en ellos. Doña Flor lo apuró desde el corredor.

—A ver, moviéndose que van siendo las ocho, jovencito.

Escupió en el suelo. Esa era una de las tantas formas que tenía para demostrar que no estaba conforme con algo. Su madre siempre lo reprendió por ello, y así él le daba inicio a su cometido.

—Ya voy —contestó—. No me jodás —terminó de decir en voz baja.

—Vas a llegar tarde a la despedida de la escuela —dijo doña Flor cuando se dirigió al cuarto para peinarlo. Le partía el cabello por la mitad dándose gusto a sí misma. Después le untaba gomina para que no se le deshiciera. Pero a él no le gustaba así, él lo prefería alborotado, como estaba de moda. Después de haber hecho su labor de estilista, continuó—: El profesor Vicente dijo que llegaras temprano para que le ayudaras no sé con qué.

“El viejo Vicente cara de jabalí. ¡Bah! Barrigón degenerado”, pensó mientras se colocaba el pantalón. Esa era otra de las cosas que odiaba: un pantalón de lino verde sin prenses que tenía un dobléz de quince centímetros. Entonces, lo que hacía era meter el pie por el dobladillo y empujar fuerte para ver si se rompía de una buena vez. Pero el pantalón se resistió.

Hasta la puerta de la escuela fue a llevarlo su abuela. Doña Eulalia había sido una mujer muy fuerte, pero la artritis se había apoderado de sus huesos y,

con el frío de la ciudad, moverse siempre terminaba convirtiéndose para ella en un problema. Iba a acompañarlo hasta la escuela para evitarle los regaños callejeros de su madre. No caminaba muy rápido, pero le alcanzaba para ir y regresar. Además, en lo que concernía a su nieto, mostraba muchas más energías de las que en verdad poseía. Lo quiso de una forma muy especial. Sus otros nietos lo notaban, pero nunca dijeron nada. No quisieron llevarse más reprimendas. Era suficiente con las que recibían cada vez que iban a visitarla. Cada ocho días su tía, la solterona, le llevaba alguna cosa a la abuela y ella lo guardaba para después, a escondidas, regalárselo. Doña Eulalia habló personalmente con el profesor y le recomendó a su nieto de mil maneras.

Era el mejor alumno de la escuela, eso decían todos. Y sus compañeros desfilaban detrás suyo cuando se acercaba la hora de los exámenes o las tareas complicadas. Se peleaban por conseguir los asientos más cercanos a él. Nunca se opuso a ayudarlos, especialmente a los pocos que hacían parte de su grupo de amigos. A otros los odiaba, sin embargo intentaba también darles la mano. Desde niño aprendió a cosechar una hipocresía que creció con él y supo utilizar cuando fue adulto. Tampoco había problema cuando la que estaba sentada a su lado era Isabel, la niña de los ojos verdes, los ojos más lindos del mundo. Estaba flechado por sus ojos y nunca reparó en el resto. Isabel existía para él únicamente por eso. Ella era sólo sus ojos y si él hubiese podido, se los habría arrancado y los hubiese guardado en una cajita de cristal para tenerlos en su habitación y de esa forma todas las noches, antes de dormir, saberse observado por ella.

Ese día la vio más hermosa que todas las veces. Tenía puesto un vestido rosa de boleros que la hacía ver como una bailarina de cajita musical. Muchas veces la imaginó en una caja de aquellas, girando y girando y tarareando una canción dulce. “Cuán diferente se ve sin ese uniforme de mierda”, pensó. Se encontró invadido por el mismo miedo de siempre, la misma ansiedad y el temblor de las piernas producido por su cercanía. Si ella hubiese sido igual a Sandra y Lorena que cambiaban besos por tareas él hubiera obtenido más de uno, pero no era así, para su desgracia ella no era igual y nunca le pidió su ayuda. Ella solita se bastaba para estudiar y realizar sus talleres. Él sentía pena por eso, lástima de que no fuera una bruta. Ese día saldrían a vacaciones y tenía que esperar casi tres meses para verla de nuevo.

Se encontró con García y con Sánchez después de ayudarle al profesor a hacer algunas cosas. Sabía que tenerlos como amigos no producía ninguna ganancia, pero ese era el último día en la escuela, al menos ese año, y tenía que aprovecharlo. Quizá esa era la oportunidad perfecta para descrestar a Isabel. Pensó que nunca había hecho una travesura en la escuela y por la primera, si ese no era su día de suerte y lo agarraban, no iban a castigarlo. Además, a las niñas les encantaban los niños que eran traviesos y desaplicados y quizá eso era lo que Isabel estaba esperando de él. Decidido a lucirse, esperó a que García y Sánchez escupieran su plan.

—¿Qué hubo, Núñez? —lo saludó Sánchez dándole un manotazo en la nuca.

—¿Ya sabe cuál es el plan? —preguntó García—. La oportunidad perfecta para que le demuestre a la monita quién es usted y de qué es capaz.

—No, no sé cuál es el plan. Pero viniendo de ustedes ya me imagino que no se trata de algo bueno —respondió y se pasó una mano por la parte golpeada. Después agregó—: Y no me pegués, cabezón, que eso duele.

—No vas a chillar ahora —dijo García. Lo llevó aparte del grupo y del bullicio que a esa se despertaba porque la fiesta ya había empezado, para enterarlo de la estrategia—: Vea, allí, en la nevera, hay una botellita de vino. La sacamos y nos tomamos unos traguitos.

Se quedó inmóvil. Una cosa era realizar una travesura como las que hacen los niños de su edad; otra cosa era lo que le estaban proponiendo. Calló un instante y pensó en los resultados. Nunca había ingerido una sola gota de alcohol, pero sí conservaba aún la imagen grotesca de su papá llegando borracho a casa y con ganas de pegarle a su mamá y acabar hasta con la casa. Con García era diferente, desde muy chiquito su padre, en sus largas jornadas de trago y rumba, le daba de tanto en tanto un traguito.

—De una —lo azuzó Sánchez mientras se frotaba las manos en un gesto de malicia—. Hoy es el último día, por esto no nos van a echar.

—Pero... —miró a lado y lado. Isabel estaba lejos, entretenida con otras niñas; sin embargo, el brillo de sus ojos parecía haberle iluminado la mente—. Y el tufo cómo lo evitamos.

—Nada, no hablamos y ya —aseguró García tomándolo por el hombro—. También nos podemos comprar unas papitas fritas. Eso me contó mi papá que comía para que la abuela no se enterara de que estaba alicorado.

—Flojo —dijo el cabezón—, hagámosle, que nadie se va a enterar.

—Listo —asintió, sin dejar de pensar en las consecuencias. Ni en Isabel.

El Cabezón vigiló mientras García sacaba el vino y lo llevaba al baño. Él calmaba el temor reparando en los ojos de Isabel. La miraba como si deseara tragársela, como capturando con su mente la mirada de los ojos más lindos del mundo. Así los bautizó. Sánchez se paró a su lado y dejó salir de su boca un desagradable olor a alcohol. Él lo miró. Sonrió. Revisó el lugar donde estaba García y no lo vio. Estaría en el baño llenándose de vino. Observó entonces la entrada al baño y lo vio regresar con una sonrisita estúpida. Había llegado su turno. Con algo de miedo, fue y abrió la botella. Bebió. Sintió como si a su cuerpo hubiese entrado el espíritu aquel del cual hablaba el cura gringo en todas las misas. Bebió más. El frasco ya iba por la mitad. Regresó.

A las once de la mañana el universo giraba a su alrededor. Se sentó. Los ojos de Isabel ya no eran un par de faros, como le dijo una vez a su abuela, cuando esta le preguntó qué había tan bueno en la escuela que ni siquiera estando enfermo faltaba. Entonces él le respondió que un par de faros que no lo dejaban dormir tranquilo. En ese momento los ojos de Isabel se convirtieron en el mar y él, en medio de su mareo, sólo veía olas ir y venir. Las náuseas lo afanaron hasta el baño. Vomitó varias veces antes de regresar al salón. García y Sánchez

estaban en un rincón, inmóviles, acodados el uno en el otro. Se sentó del otro lado, frente a ellos. Permaneció callado, sin mirarlos, para evitar ser contagiado de esa sonrisita boba que tenían. A ellos les daba lo mismo si alguien se enteraba. Ya en distintas ocasiones habían sido castigados y tenían matrícula condicional. Gozaban de una buena fama en el colegio y sus alrededores. Una más en su cuenta personal no hacía bulto. En cambio a él, el alumno ejemplar, aquel que generaba tantas envidias en sus compañeros y ciertas disputas entre sus compañeras, a él no le daba igual. El ejemplo de lo que se debía ser, quedaba como muestra cómica de lo que no se debía hacer.

Pensó que la salida de la escuela era fácil porque en cualquier descuido de los profesores, sobre todo del barrigón que era el que más pendiente estaba, se volaría. Pero la llegada a la casa, no iba a serlo. ¿Qué diría su madre cuando se le acercara y le sintiera el olor? Seguro le pegaría hasta cansarse el brazo. Con su papá no habría problema porque llevaba dos meses muerto. De lo que dijera la abuela no se preocupaba porque seguramente se reiría como sabía hacerlo para celebrar sus gracias.

Regresó al baño a vomitar. Volvió al salón y se postró en un rincón. Lo arrojó el calor de media mañana y el sopor lo hundió en un sueño profundo. Lo despertó la figura de su madre con una correa entre sus manos.

## BIBLIOGRAFÍA

Anderson Imbert, Enrique. (1999). *Teoría y técnica del cuento*. Barcelona: Editorial Ariel.

Aristóteles. (s.f.). *Poética*. Recuperado de <http://www.philosophia.cl/biblioteca/aristoteles/poetica.pdf> el 10 de mayo de 2014.

Alberca Serrano, M. (1985). Aproximación didáctica al cuento moderno. *Cauce, revista de Filología y su didáctica*, (8), pp.205-215.

Brescia, P. La teoría del cuento desde Hispanoamérica. Recuperado de [http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/13/aih\\_13\\_3\\_078.pdf](http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/13/aih_13_3_078.pdf)

Espezúa Salmón, D. (Noviembre 10 de 2015). Ficcionalidad, mundos posibles y campos de referencia. Ponencia presentada en el II Congreso Nacional Lingüístico-Literario y II Encuentro Nacional de Estudiantes Delegados, Ayacucho. Recuperado de [http://www.researchgate.net/publication/28238238\\_Ficcionalidad\\_mundos\\_posibles\\_y\\_campos\\_de\\_referencia](http://www.researchgate.net/publication/28238238_Ficcionalidad_mundos_posibles_y_campos_de_referencia)

Giardinelli, M. El cuento como género literario en América Latina. Recuperado de <http://www.ciudadseva.com/textos/teoria/hist/giardine.htm>

López Gimenez. Lecciones sobre Wittgenstein. Recuperado de <http://www.filosofia.net/materiales/tem/wittgens.htm>

Antanas Mockus, A. (1988). *Representar y disponer: un estudio de la noción de representación orientado hacia el examen de su papel en la comprensión previa del ser como disponibilidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, centro editorial.

Perez, ibette Alfonso. Teoría de las representaciones sociales. Instituto superior politécnico “José Antonio Echeverría” (Cuba). Recuperado de [http://www.psicologia-online.com/articulos/2007/representaciones\\_sociales.shtml](http://www.psicologia-online.com/articulos/2007/representaciones_sociales.shtml)

Piglia, R. Tesis sobre el cuento. Recuperado de <http://www.ciudadseva.com/textos/teoria/tecni/tesis.htm>

Quiroga, H. La retórica del cuento. Recuperado de <http://www.ciudadseva.com/textos/teoria/opin/quiroga3.htm>

Valcárcel, E. El cuento hispanoamericano. Aproximación teórica. Recuperado de [http://ruc.udc.es/bitstream/2183/9732/1/CC\\_38\\_art\\_2.pdf](http://ruc.udc.es/bitstream/2183/9732/1/CC_38_art_2.pdf)

Wittgenstein. Recuperado de <http://www.e-torredebabel.com/Historia-de-la-filosofia/Filosofiacontemporanea/Wittgenstein/Wittgenstein-TeoriaFigurativaSignificado.htm>

Zavala, L. Un modelo para el estudio del cuento. Recuperado de [http://www.difusioncultural.uam.mx/casadeltiempo/90\\_jul\\_ago\\_2006/casa\\_del\\_tiempo\\_num90-91\\_26\\_31.pdf](http://www.difusioncultural.uam.mx/casadeltiempo/90_jul_ago_2006/casa_del_tiempo_num90-91_26_31.pdf)